



Una historia de amor
y aventuras
que te dejará huella.

CRISTINA SELVA

DESDE EL MAR

FINALISTA X PREMIO LITERARIO NOSTROMO, "LA AVENTURA MARÍTIMA".

Desde el mar

Cristina Selva

Ó 2012, Cristina Selva

Ó 2014, Alexia Jorques

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total y parcial en cualquier formato. Esta publicación ha sido debidamente registrada.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

[Prólogo](#)

[Primera Parte](#)

[Segunda Parte](#)

[Tercera Parte](#)

En la mar los pensamientos fluyen, la conciencia se diluye.

Prólogo

El perrito, un chucho de aguas gris que en su origen debió de haber sido blanco, harto de tanto juego con la niña, huyó camino de los camarotes. María corrió tras él. Era lo único divertido que había en ese maldito barco y no estaba dispuesta a dejarlo escapar. No en ese momento. El animal, asustado por su incansable perseguidora, fue a esconderse donde sabía que jamás entraba nadie salvo su querido amigo, el joven capitán, y se refugió debajo de la cama, como hacía cuando no quería que nadie le molestara.

María se aventuró a rondar por aquella parte del navío. Nunca había estado allí, y le constaba que no entraba mucha gente en ese camarote. En el mismo momento en que cruzó por la puerta olvidó lo que había venido a buscar, para alivio del pobre animal.

Apenas había luz y solo se divisaba, entre las sombras, las cartas de navegación y los numerosos adornos dorados y de madera envejecida de la estancia. Había una mesa en el centro y en una esquina, un catre tan desordenado que a María le parecía imposible que alguien pudiera descansar allí. Enseguida supo que era el camarote del capitán, no había ninguna duda. Allí estaban su sombrero, su catalejo, su pipa y el tabaco que solía fumar. Y el ambiente olía a ese hombre tan singular.

Oyó pasos rápidos, decididos, recios, que se dirigían hacia allí. El perro salió corriendo de su escondrijo al reconocer a su amo y la niña, asustada, ocupó su sitio debajo de la cama. Le latía tan fuerte el corazón que le parecía que se escucharía en todo el barco y que la descubrirían.

El capitán se dejó caer en una de las sillas situadas al otro lado de la estancia, junto a la mesa, de modo que la chiquilla podía verle perfectamente desde su escondite. Encendió la pipa que habitualmente llevaba entre los labios y frunció el ceño. Los ojos le brillaban intensamente en la penumbra, misteriosos, cansados e inmensamente abatidos. Se llevó una mano a ellos, torció la boca en una mueca lenta y extraña y rompió a llorar. Los suspiros sonaban desesperados y profundos, como si llevaran luchando por salir de su pecho durante tiempo inmemorial. Su llanto, silencioso pero agitado, se hizo más violento, y las lágrimas comenzaron a inundar sus robustas manos.

Cuando consiguió amainar su llanto —si bien no su desesperación—, sintió sobre su brazo el calor de una manita tibia, pequeña, y una mirada candorosa que le reconfortaba y le imploraba el cese de su dolor. Pensó en ocultar sus sentimientos y reprender a la niña por haber entrado donde no debía, ¿o acaso se encontraba precisamente en el lugar correcto en el momento adecuado? Su angustia era tan inmensa y había tanto consuelo en la mirada de aquella niña, que decidió pasar por alto su falta. Por un instante sintió que había retrocedido a su no tan lejana infancia y que lloraba al lado de alguien de su misma edad.

María había sentido el impulso de abandonar su escondrijo y correr a abrazar al capitán, como cuando a ella la abrazaba su madre cada vez que lloraba. Casi sin pensarlo salió de debajo de la cama y se acercó. Y aunque no pudo abrazar al señor Blum —pues su mera presencia le imponía— le cogió la mano con ternura. No entendía cómo un hombre tan grande y fuerte, un hombre adulto, y con tanta autoridad, podía echarse a llorar de esa manera. Siempre había creído que las lágrimas eran solo patrimonio de la infancia; más tarde, con el tiempo, se daría cuenta de cuán equivocada estaba.

—No se preocupe, señor Blum, yo le ayudaré. No sé por qué llora, pero si quiere puede contármelo. Eso ayuda —dijo, repitiendo las palabras que le decía su madre, aun sabiendo que era bastante improbable que aceptara su ofrecimiento.

El capitán levantó hacia ella su mirada humedecida, y fue entonces cuando María se perdió en el azul intenso de sus ojos: eran zarcos como el mar en calma rompiendo suavemente en las playas de arena. Leyó la gratitud en aquella mirada, y también cierto atisbo de vergüenza que se esfumó al instante.

El capitán no dijo una palabra. Tan solo intentó sonreír —a María le pareció la sonrisa más triste que había visto en su vida—, y le acarició su negra melena. Con ese simple gesto sellaron un pacto tácito, similar a la amistad.

—¿Quieres que te enseñe un secreto? —preguntó el capitán mientras se enjugaba las lágrimas con la manga de su camisa—. Pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie. ¿De acuerdo?

María asintió rápidamente, y no pudo más que sonreír abiertamente cuando vio que el señor Blum se levantaba y se dirigía hacia una esquina del camarote, de donde sacó unos legajos de papel raídos y un poco polvorientos. ¿Serían un mapa del tesoro? ¿Sería el capitán un pirata enmascarado? Sintió que la excitación se apoderaba de ella, y comenzó a dar pequeños saltitos de alegría.

María no entendía por qué tenían que irse a las Colonias. Que su padre estuviera esperándolas le parecía una excusa de lo más absurda, ¡cuando hacía más de tres años que no lo veía! A esas alturas ya se había acostumbrado a vivir sin su presencia. Sin embargo, le apasionaba la idea de emprender un viaje en uno de esos gigantescos barcos que había atracados en el puerto y que olían a ron, pescado y madera podrida. Le atraía la posibilidad de avistar ballenas, ¡y aún mucho más la de ver sirenas! Su madre, Catalina, le había dicho cien veces que no existían, que eso no eran más que cuentos de marineros borrachos, pero ella nunca la creyó. Puede que nunca llegara a verlas, pero moriría convencida de que existían realmente. ¿Por qué habrían de existir las ballenas, seres descomunales y monstruos de los abismos, y las sirenas no? Lo que ocurría era que las sirenas eran muy inteligentes y escurridizas, y como sabían que los pescadores se volvían locos por ellas, por esa razón no se dejaban ver jamás. Además, sus amigos contaban que conocían a marineros que las habían visto sin estar borrachos.

Tuvo que dejar todas sus muñecas de porcelana y la mayor parte de sus vestidos, sus libros y todos los demás juguetes. La verdad es que cada vez le interesaban menos, sobre todo las muñecas, pero aun así, desprenderse de sus objetos más queridos fue lo más doloroso de la partida.

A su padre, un general retirado de la Armada Española, le habían cedido unas tierras en las Colonias Americanas, y hacía tres años que se había marchado allí para construir una casa y poner en orden las fincas. Catalina decía que vivirían en una mansión y tendrían muchos criados a su servicio, que podría jugar en unos magníficos jardines con fuentes y le permitiría tener perros, pájaros exóticos y hasta un caballo. Con unos argumentos tan buenos, María se convenció rápidamente, aunque por el momento lo que más le llamaba la atención era sin duda el viaje que se disponían a emprender.

Así que consiguieron guardar todo el equipaje en dos arcones, en los que cabían varias Marías juntas, ¡y pusieron rumbo a las Américas! De entre todos los descomunales navíos que permanecían fondeados en el puerto, fueron a embarcarse en una goleta de las más pequeñas, *El Sueño*. A María le hubiese gustado ir en *El Cortavientos* o en *La Espada Real*, pero su madre fue a elegir el barco más insignificante que podía encontrarse.

—Este es mucho más rápido —respondía Catalina a sus protestas—, y más nuevo. ¡Mira sus velas! Relucen como ningunas a la luz del sol, son como las que utiliza la nobleza para cruzar los mares. Mira qué cañones. ¡Y qué mástiles! Son los más altos del puerto.

Su madre hablaba con tanto entusiasmo que la niña acabó por creer que viajarían en el mejor barco del mundo. Bueno, lo de la nobleza le pareció una exageración, pero tenía que darle la razón en todo lo demás.

Al embarcar, los pasajeros eran recibidos por la tripulación, con el capitán al frente. Todos lucían muy limpios y aseados, llevaban camisetas blancas y pantalones ceñidos, botas impecables, y las hebillas de sus cinturones resplandecían a la luz del sol. No sabía por qué, pero siempre había imaginado a los marineros sucios y hediondos, apestando a sudor y a alcohol, sin afeitarse y con manchas de grasa de pescado en su ropa andrajosa. Con la tripulación de este pequeño gran barco se había equivocado, así que María se convenció aún más de que *El Sueño* era la elección apropiada.

El capitán, el más alto de todos, saludaba a los pasajeros con una leve inclinación de cabeza, muy serio, y les daba la bienvenida a cada uno de ellos. A los señores les apretaba la mano fuertemente, y a las señoras se las besaba. Tenía una mirada límpida y franca, algo afligida, y una sonrisa tímida pero, al igual que sus ojos, rebosante de nobleza. Cuando María le ofreció su mano, él la cogió suavemente y se la llevó a los labios sin llegar a rozarla. Fue entonces cuando pudo percibir el particular aroma del señor Blum, una mezcla de tabaco fresco, agua de mar y algo más, algo personal, atrayente, fascinante y misterioso que le llamó poderosamente la atención. Olía a piel caliente, a juventud, a vigor y a mundos lejanos. Olía a fantasías hipnóticas. Quizás olieran así todos los capitanes de todos los barcos del océano; al menos, eso creyó María en aquel momento, aunque no tardaría en comprobar que el capitán era una persona especial.

Su madre también percibió la peculiar atracción que desprendía el señor Blum, pero a Catalina le pareció más bien el olor de la energía y de la masculinidad, y no pudo evitar que un escalofrío extraño le recorriera todo el cuerpo. Cuando lo miró a la cara para agradecer el gesto vio a un jovencísimo capitán que se había dejado bigote y perilla para parecer mayor ante sus invitados. Tras aquel porte autoritario y seguro se escondía un muchacho que no podía contar más de veinte años, y aunque en otra ocasión hubiera dudado de su pericia para dirigir una goleta —y por tanto, de su propia seguridad—, esta vez el semblante firme del capitán Blum le pareció de lo más tranquilizador.

Aún tardaron un largo rato en aprestar todos los aparejos para la partida. La mayoría de los pasajeros no habían pisado un barco en su vida, y los pocos que lo había hecho, nunca habían permanecido más de dos días en él. A todos les latía violentamente el corazón ante el viaje de varios meses que iban a comenzar. Todos deseaban zarpar para encontrarse lo antes posible en alta mar y contemplar la inmensidad del océano, saborear lentamente el inicio de la nueva vida que acababan de afrontar.

Las personas son las mismas en un lugar o en otro. Da igual las circunstancias bajo las que se encuentre, la esencia que caracteriza a cada ser humano no varía de unas a otras. Aunque los pasajeros de *El Sueño* se empeñaran en creer que poniendo tanta agua por medio su vida daría un giro radical, al final terminarían por darse cuenta de que les perseguían las mismas obsesiones, los mismos problemas, y las mismas dificultades se cruzarían en sus caminos. «¿Cómo es eso posible, si estamos en un lugar muy lejano del que vamos huyendo?», se preguntarían, y algunos llegarían a la conclusión de que es imposible dejar atrás sus miedos. Viajan con nosotros, muy adentro, en nuestra alma, en nuestro corazón. Todos los tripulantes y pasajeros de aquel barco cargaban consigo un equipaje adicional, más o menos pesado en función de la conciencia de cada cual.

Cuando finalmente salieron del puerto y doblaron por el pequeño cabo, María pudo experimentar con júbilo la increíble velocidad con la que avanzaba la goleta. Cada miembro de la tripulación ocupó su lugar y comenzaron a tirar de cabos, a deshacer nudos de un sitio para atarlos en otro. Desplegaron totalmente el velamen, en una explosión de luminosidad que sorprendió aún más a los viajeros. Las velas, de un blancor inmaculado y henchidas por el viento, se parecían a rebosantes panzas de

ballena. Nadie quiso bajar a los camarotes hasta que perdieron de vista cualquier atisbo de tierra; solo entonces se fueron retirando uno a uno a los aposentos para estar listos a la hora de la cena.

Catalina se tumbó en la cama. Era un catre estrecho y alargado con un colchón de plumas húmedas y apelmazadas, pero se encontraba tan indispuesta por el balanceo del barco que continuó acostada. Se dijo a sí misma que sería incapaz de pegar ojo en todo el viaje, y suspiró amargamente. Ahora que su hija empezaba a convertirse en una mujercita y la necesitaba cada vez menos, sentía que su vida se iba vaciando poco a poco, que ya no tenía demasiado sentido para ella. Pensó que aquel periplo supondría un cambio esencial en su vida. Volvería con su marido —por el que sentía un gran afecto, poco más— e intentaría encontrar un sentido a su existencia dentro de ella misma. Incluso se había planteado la posibilidad de engendrar otro hijo, un varón, al que dedicar todos sus mimos y atenciones. Todavía era joven, aún podría suceder.

Recordó las tardes de recreo en su ciudad natal —de la que ahora se separaba dolorosamente—, en casa de la condesa, todas reunidas jugando a las cartas y hablando de los últimos chismorreos de la alta sociedad. Allí comenzó a seguir la trayectoria de más de un muchacho, como marido potencial para su hija. Tuvo que desistir: la partida hacia las Colonias descartaba por completo tal posibilidad. Solo esperaba que no se enamorara de ningún nativo americano, como les había pasado a varias señoritas de las mejores familias y apellidos, pero no le quedaba más remedio que confiar en el buen juicio de la pequeña.

A María, en cambio, su litera le pareció estupenda. ¡Le encantaba la idea de tener que trepar por una escala de cuerdas para acceder a la cama! El colchón era blandito y esponjoso, como el de su madre; no entendía por qué a ella le resultaba tan molesto. Se tumbó y se puso a fantasear con las posibles aventuras que se presentarían a lo largo del viaje, pero después de un rato se cansó de la estrechez de aquel reducido habitáculo y decidió dar una vuelta por cubierta.

El sol la cegó durante unos instantes al salir del camarote. En cuanto se le acomodó la vista, sus ojos comenzaron a captarlo todo, ávidos de información. Se veía inmersa en un mundo nuevo, rodeada de desconocidos a los que estudiar y acosar con preguntas incesantes. Tendría que inventar alguna argucia para divertirse, porque no había visto a ningún niño subir a bordo. Solo a una adolescente fea y remilgada de tez morena que la miró por encima del hombro con descarado desprecio, así que la descartó enseguida como compañera de juegos.

Descubrió al capitán al timón, y junto a él, a un perrillo lanudo con la lengua fuera. Corrió sin pensarlo a acariciarlo.

—¿Te gustan los perros, niña? —le preguntó el señor Blum intentando entablar una conversación con la chiquilla.

—Muchísimo. Mi madre me ha prometido que cuando estemos en nuestra nueva casa tendremos uno. ¿Cómo se llama?

El joven dejó el timón durante un momento y, arrodillándose con dulzura junto a la niña y el perro, acarició con fuerza la cabeza de este y aproximó su cara al hocico. Esperó a que le lamiera con movimientos rápidos, como si aquellos momentos de cariño y atención fueran escasos entre el perro y el amo.

—Se llama Tiburón —afirmó con una espléndida sonrisa—. ¿Y tú?

—Yo soy María, María Velázquez. ¡Hola, Tiburón! —saludó al animal mientras le acariciaba.

—¿Te gustaría coger el timón, María? —dijo el capitán con una media sonrisa en la boca.

A María le chispearon los ojos, para regocijo de Miguel. ¡Jamás pensó que pudiera tripular un barco! Olvidó de inmediato al perro y se levantó de un salto.

—¿Puedo, puedo de veras? —preguntó ansiosa.

—Ven.

El capitán la situó frente al timón y le colocó las manos sobre él. María tuvo que levantar los brazos bien estirados para poder agarrar la madera con gran fuerza.

—Esta es la parte más importante de un navío, ¿sabes? Sin el timón, no puedes decidir qué rumbo quieres seguir, y te puedes perder en el mar. Es una gran responsabilidad estar en este puesto —exageró.

Lentamente, fue soltando la rueda para que la niña la sostuviera sola, pero un golpe de viento movió las velas, el timón giró y María se vio arrojada al suelo.

—Ja, ja, ja, ja —rió estrepitosamente el capitán enseñando una dentadura perfecta, de dientes tan blancos como las velas de su goleta—. Aún eres demasiado pequeña para tripular un navío, creo que de momento no podré nombrarte la capitana de *El Sueño*.

—¡No soy tan pequeña! —replicó ofendida mientras se incorporaba y, presumida, ponía en orden los pliegues de su vestido—. ¡Ya tengo diez años!

—¡Vaya, qué mayor! Entonces tendrás que aprender a hacerlo; yo te enseñaré. Anda, ven, coloca las manos justo aquí... Así. Y sujétalo con fuerza. ¿Ves?, lo estás haciendo muy bien.

María volvió a sonreír alegremente. Desde allí arriba, en el castillo de popa, se divisaba el horizonte y la inmensidad del mar. Se quedó con el capitán, dirigiendo el buque hasta que empezó a oscurecer. Tenía que reconocer que el viaje no había comenzado nada mal y, a medida que pasaba tiempo a bordo, depositaba mayores

esperanzas en él.

A la hora de la cena, la niña tuvo que bajar ella sola al comedor. Su madre se encontraba tan mareada que se había puesto pálida como la harina, y prefirió quedarse acostada en el camarote. Teniendo en cuenta que aún tardarían varios meses en llegar a las Colonias, definitivamente la travesía no comenzaba tan bien para Catalina como para su hija.

A pesar de ser una persona sociable, Miguel Blum se empeñaba en recluírse en una agónica soledad, pues en ella encontraba el reposo que su alma inquieta y angustiada necesitaba. Se sentía irremediablemente solo, incluso aunque hubiese siempre alguien a su lado dispuesto a conversar o a echarle una mano en lo que necesitase. Aquellos marineros eran su familia, los quería como a hermanos y el sentimiento era recíproco, pero en su fuero interno siempre los había menospreciado por encontrarlos simples, demasiado llanos para los complejos recovecos de su espíritu.

Sin embargo, siempre le había gustado estudiar a la gente. Era un observador silencioso que, con cauto sigilo, vigilaba los movimientos de quienes lo rodeaban. Su afición superaba los límites del espionaje: miraba entre las rendijas de los tablones y a través de las cerraduras de las puertas, y se escondía en los rincones más inverosímiles para escuchar las conversaciones ajenas. Mas no lo hacía por curiosidad insana. Al contrario, era su peculiar manera de sentirse acompañado sin verse involucrado en afectos humanos, su forma de conocer a los demás sin que estos lo conocieran a él.

Esta costumbre le venía de cuando era muy niño, de cuando podía colarse en cualquier escondrijo del barco y pasaba horas y horas con los ojos y los oídos bien abiertos, observando los comportamientos de los otros. Así se enteró de cómo su padre se servía del cuerpo rollizo y mullido de Lola para aliviarse sus noches de duermevela; y de cómo esta lloraba después a solas, mientras rumiaba el amargor de saberse la sustituta carnal de un ángel a quien nadie conseguiría jamás arrebatarle de la memoria a Alejandro Blum.

Así fue también como aprendió que cada individuo es un mundo, que no hay dos almas iguales, y que todas y cada una de las personalidades que existen sobre la faz de la tierra son aceptables e igualmente válidas. Se convirtió en un hombre tolerante y logró dotarse de uno de los dones más valiosos que existen: el de entender a las personas y aceptarlas tal como son. Jugaba, por tanto, con ventaja con respecto a los demás, y bastaba con que los observara una vez para saber cómo eran, cómo pensaban y cómo reaccionarían ante determinadas situaciones.

Pero esta gran cualidad no le era de gran ayuda a la hora de relacionarse con los demás. Cada vez que se colocaba en cubierta para recibir a los nuevos pasajeros, su corazón se llenaba de júbilo, pues soñaba con encontrar entre ellos una amistad eterna. Pero luego no dejaba que estos profundizaran en su personalidad por lo que, cuando la travesía finalizaba, les perdía para siempre. Después de todo, no dejaban de ser meros clientes que le proporcionaban el sustento necesario para él, su goleta y su tripulación.

EL ANILLO DEL CAPITÁN

El día que le dejó pilotar el barco, María se fijó en que el capitán llevaba un anillo de oro pesado como el plomo y reluciente como el sol. Se asemejaba a una alianza, pero de sobra sabía María que estas se llevan en el dedo anular de la mano derecha. Pero Blum lo llevaba en el índice de la mano izquierda, por lo que dedujo que no se trataba de un anillo de matrimonio.

Finalmente, la curiosidad pudo más que la educación y se aventuró a preguntarle:

—¿Está usted casado, capitán?

Era una tarde tranquila, y prácticamente todos los pasajeros andaban en la cubierta, disfrutando de un atardecer apacible y sosegado. Cada uno vagaba absorto en sus pensamientos, como alma en pena, sin prestar atención a los demás. Seguramente se debía al embrujo de aquellas aguas y a los efectos que surtían en ellos los embriagadores cantos de las criaturas marinas.

—¿Casado? —preguntó perplejo, hasta que reparó en que la chiquilla estaba mirando su anillo—. ¿Lo dices por esto? No, en absoluto. Es la alianza de boda de mi padre.

—¿Y por qué la lleva en el índice? —volvió a preguntar María ávida de información.

—Bueno, mi padre lo llevaba en el dedo anular, desde luego. Sus manos eran tan enormes que tuvieron que hacerle un anillo más grande, especial para él. Yo, sin embargo, tengo las manos más pequeñas, así que he de llevarlo en el índice para que no se pierda.

María se quedó pensativa. Si las manos del señor Blum eran pequeñas, cuán grandes debían de ser las del padre del capitán, y cuán pequeñas resultaban las suyas propias.

No sin esfuerzo, el señor Blum se quitó el anillo y se lo entregó a María, quien lo sopesó en la mano y comprobó lo realmente pesado y voluminoso que era. Intentó encajarlo en alguno de sus dedos. Nada, hasta en el pulgar le quedaba grande bailaba como un hula hop. Lo cogió nuevamente y, poniéndolo frente a ella, miró a través de él con el ojo guiñado, y fue alejándolo despacito hasta que consiguió enmarcar la gran bola anaranjada del ocaso. Siguió jugando con él otro rato, durante el cual Blum no le quitó ojo de encima a la alianza ni un momento.

—Nunca he visto a nadie que llevara un anillo en ese dedo —dijo devolviéndoselo, y cambiando radicalmente de tema, preguntó—: ¿Dónde están sus padres?

A Miguel se le llenaron los pensamientos de un ayer ya lejano, y de otro aún reciente, y con un suspiro contestó:

—Lejos, muy lejos. Más de lo que puedas imaginar.

Sin duda trataba de camuflar dulcemente la respuesta, pero María adivinó enseguida que en realidad estaban muertos.

—Y la alianza de su madre, ¿dónde está? —Sentía una gran curiosidad por saber cómo y cuándo murieron, pero le pareció demasiado atrevido y maleducado preguntarlo.

—En algún lugar del océano —respondió él con la mirada perdida—. Quizás en la barriga de un gran tiburón, en una playa desierta, o en el dedo de una de las cientos de esposas de Neptuno.

—Entonces, este anillo significa mucho para usted, ¿verdad, capitán? —indagó, aun intuyendo cuál iba a ser su respuesta.

—Muchísimo —contestó el joven, impávido.

—¿Cuánto?

—Tanto, que si se cayera a los abismos del océano, me ataría dos piedras a los tobillos para ir a buscarlo y no subiría hasta encontrarlo.

—¿Aunque se ahogara?

—Aunque me ahogara —contestó con rotundidad.

—Vaya... Sí que es importante, sí. Acto seguido, María se quedó pensativa, y sonrió para sus adentros. Lo imaginó caminando por el fondo del mar, con dos piedras gigantes atadas a sus botas y morado por la falta de aire, buscando desesperadamente su alianza. Los peces lo rodeaban incrédulos y curiosos, y cuando comprendían la situación, le ayudaban a buscarlo entre la arena con la ayuda de sus lentas bocas. El señor Blum, ya sin aire, miraba hacia arriba para comprobar cuánta masa de agua había sobre su cabeza; era mucha, verde y cristalina. Sobre él, en la superficie, se cernía una sombra: la del casco de *El Sueño*, que esperaba impasible su regreso.

Así se perdió también María en divagaciones sin sentido, mecida por el tranquilo oleaje de aquellas aguas mansas.

Fueron pasando los días. Sumidos en el sopor del bochorno marino, los pasajeros pasaban el tiempo en sus quehaceres, entretenidos en conversaciones interesantes o absurdas, en comer y en dormir. La tripulación, cuando no estaba trabajando, desaparecía en los camarotes o en las bodegas. Solo el capitán se codeaba con sus invitados, fundamentalmente por cortesía, pero también movido por la curiosidad, por saber cómo eran las vidas de otras personas. ¡Cuán diferentes eran a la suya y a la de sus amigos y asalariados! Estos eran hombres de mar: si los apartabas por un tiempo de su medio de vida, se ahogaban como peces en la arena recién pescados. Justo al contrario de lo que les sucedía a los pasajeros, a quienes la presencia abusiva del océano les resultaba abrumadora y la ausencia de tierra les dejaba sin aliento. Pero siempre lo soportaban mejor unos que otros. Hubo quien, como Catalina, se pasó vomitando una semana entera antes de acostumbrarse al continuo zarandeo del barco.

La única que no parecía tener más problemas que el aburrimiento era María, quien se había adaptado a la vida en alta mar con esa facilidad innata que tienen los niños de desenvolverse en el espacio que les rodea.

UNA NOCHE EN CUBIERTA

Estaba muy avanzada la noche cuando Catalina decidió salir a tomar un poco el aire a cubierta. No esperaba encontrar a nadie, pues los pasajeros hacía rato que se habían acostado y no se oía más que el pausado golpear de las olas contra el casco de la embarcación. Corría una brisa suave que acarició su rostro y le reconfortó al instante. Se sentía débil, y de esa debilidad surgía una agónica tristeza a la que no encontraba explicación. Deslizó su mirada por la reposada lejanía del mar y se dejó mecer por el apacible balanceo. La noche era oscura, la luna menguaba y le pareció que la soledad de aquel instante acompañaba agradablemente su decaído estado de ánimo.

Poco a poco comenzaron a surgir de su mente los primeros pensamientos positivos y se dispuso a disfrutar de ellos. Se percató, por ejemplo, de la gran velocidad a la que navegaba la goleta: cortaba el mar como una afilada espada, dejando tras de sí millas y millas de agua. La brisa se hizo más intensa y consiguió que los colores resurgieran en sus mejillas. Enfrentó a ella el rostro y deshizo el nudo que sujetaba sus cabellos, que volaron pendidos de su cabeza. Catalina se sintió libre. Le parecía increíble, y no dejaba de ser paradójico, cómo estando encerrada entre inmensidades de mar en todas direcciones podía disfrutar de la libertad que creía poseer en aquel preciso instante, incluso cuando el rumbo al que se dirigía era el encarcelamiento de su ajado matrimonio.

Le vino a la mente una melodía infantil que el tiempo había enterrado en su memoria y la tarareó, tímidamente al principio, y con más seguridad después, hasta que detuvo la vista en un punto situado en la oscuridad del barco, como una temerosa lucecilla roja que titilaba en su escondite. Al entrecerrar los ojos para focalizar la mirada, tropezó con los enigmáticos ojos del capitán Blum, quien soltó una bocanada de humo que se diluyó con el viento.

—El mar reconforta, ¿verdad, señora Velázquez?

—Eh —titubeó Catalina avergonzada—. ¡Capitán! No sabía que estuviera usted aquí.

—¿Se encuentra mejor? Al principio cuesta hacerse al balanceo, pero luego no se puede vivir sin él.

—Bueno, sí, he estado un poco mareada estos días, supongo que me acostumbraré. Y usted ¿no descansa? Es muy tarde —mientras hablaba, Catalina fue acercándose al lugar en el que se encontraba el señor Blum. Los ojos le brillaban intensamente a la tenue luz de la luna.

—El capitán de un barco no debe descansar demasiado; ya sabe, por los imprevistos. Procuero no dormir mientras navegamos.

El señor Blum lucía una sonrisa irónica en sus labios que no supo cómo interpretar; seguramente estuviese bromeando, pero el capitán parecía un hombre tan serio... Catalina estaba confusa. Por una parte, él era la máxima autoridad del barco, de quien dependían su vida y la de su hija; por otra, era un varón sumamente atractivo con el que se encontraba a solas en la oscuridad de la noche, y además parecía muy, muy joven. Casi como un niño grande.

Sintió la mirada del señor Blum sobre su cuerpo y cuando le miró a los ojos, estos centelleaban, aunque su actitud seguía siendo sumamente relajada. Volvió a fumar pausadamente, aspirando de las crepitantes brasas que se encendieron en la oscuridad, dejando que el humo llegara a los pulmones y liberándolo lentamente mientras su mirada permanecía clavada en Catalina. Ella se incomodó un poco, sin embargo, el aroma del capitán la retenía en aquel lugar. Se sintió culpable sin saber por qué, y se recordó a sí misma que era una mujer casada y respetable, aunque su piel la empujaba justamente a lo contrario.

Estaba en la flor de la vida. No es que fuese una chiquilla, pero a sus casi cuarenta años se conservaba como a los treinta. Se había casado a muy temprana edad, y bastante más tarde había nacido su hija, a la que prácticamente había criado ella sola. Era rígida y austera consigo misma, devota y temerosa de Dios. No hacía alarde de excesivas joyas, vestidos o maquillajes, a pesar de que con su posición podía permitírselo. Le gustaba la sencillez, y en verdad era una mujer elegante por sí misma, en sus formas y movimientos. Tenía la tez pálida y perfecta, y unas facciones redondeadas y seductoras.

—Parece usted muy joven, capitán; más de lo que aparenta. Aunque supongo que estamos en buenas manos...

—Señora, *El Sueño* es el mejor navío de todo el Mediterráneo y el Atlántico juntos. Ni las mejores goletas británicas pueden igualarlo en velocidad, y siempre ha estado gobernada por un excelente capitán —al decir esto le inundó la nostalgia y suspiró profundamente—. Puede sentirse segura, crecí en este barco y lo conozco como la palma de mi mano.

Hubo un silencio que a Catalina le pareció eterno y de lo más incómodo, en el que cada cual dialogó consigo mismo. Fue él quien lo rompió al cabo de unos segundos.

—Necesita descansar, señora Velázquez. Acuéstese, que yo velaré por el descanso de mis invitados —hizo una breve pausa—. Ah, por cierto. Tiene usted un cabello precioso a la luz de la luna. Debería dejárselo suelto más a menudo.

Ella se sorprendió y se avergonzó más aún, pero se sintió enormemente halagada.

—Gracias, lo tendré en cuenta —dijo mientras se disponía a marcharse—. Y por favor, no crea que he dudado ni un momento de su aptitud al mando. Buenas noches.

Miguel expiró una nueva bocanada de humo blanco y denso que se mantuvo un rato en el aire, moviéndose sinuosamente frente a su sosegada mirada. Formaba figuras extrañas, contorsionistas ondulantes que bailaban para su entretenimiento mientras se perdía en cavilaciones eternas.

Había estado observando a Catalina desde la oscuridad. Aquella mujer parecía esconder un espíritu ansioso de libertad al que reprimía autoritariamente con sus

formas rígidas y su comportamiento exquisito. Era una fiera encerrada en una cárcel con forma de cuerpo de mujer, educada y religiosa. Pensó que le gustaría estar presente cuando la fiera lograra salir de su reclusión. Por otra parte, temía que aquella niña tan encantadora, la pequeña María, creciera con su madre bajo el manto de la represión católica y burguesa de la que parecía provenir. Luego pensó que a ningún hombre le gustaría tener como esposa a una mujer respondona y libertina que hiciera lo que se le antojara sin obedecer las órdenes de su marido, por lo que sería mejor que María también terminara comportándose de manera hacendosa y sumisa, como correspondía a las mujeres de su tiempo, si es que quería encontrar algún día un esposo digno de su valía.

Aquella era una de las tardes en las que más arreciaba el calor. Los pasajeros se habían quedado confinados en sus camarotes durante todo el día, viendo cómo las fuerzas les fallaban y cómo la humedad del ambiente les hacía sudar copiosamente y les sumía en un perpetuo estado de letargo y sopor. La tripulación, normalmente acostumbrada al calor de la calma chicha, también estuvo dormitando en la oscuridad de las bodegas, pensando que al oscurecer todo cambiaría. Se equivocaban. Al ocaso, el bochorno seguía siendo insoportable, y cuando algunos subieron a cubierta y comprobaron que se estaba mejor acostados y reposando en sus camastros, volvieron a sus camarotes a seguir delirando.

La única personita que estaba activa a causa de la vivacidad que la infancia le otorgaba era María. De todas formas, se aburría tanto que consideró altamente necesario encontrar alguna diversión en aquel reducido espacio. Subió a cubierta esperando encontrar a Tiburón para jugar con él, pero hasta el perrillo se hallaba sin más vida que la necesaria para respirar. Le hubiera gustado encontrar al capitán, aunque seguro que estaba durmiendo en su camarote, como los demás.

Dicen que el hambre agudiza el ingenio, pero más lo hace el aburrimiento de una niña de diez años en medio de un barco solitario. Como en cubierta no había más que cuerdas y maderas inútiles para emplearlos como diversión, decidió explorar los escondrijos más recónditos. Sabía que debajo de los camarotes, la cocina y el comedor se encontraban las bodegas. ¿Qué podrían albergar las bodegas de un barco? ¿Comida, víveres, animales insólitos, tesoros...? La posibilidad de encontrar baúles llenos de tesoros la sedujo en extremo y se dispuso a bajar por las escaleras. Sabía que al final de las mismas se encontraría una puerta a la que le estaba prohibido el paso. Puede que estuviera cerrada con llave. Por suerte, solo tuvo que hacer algo de fuerza para moverla y colarse cual culebra entre la rendija que quedaba.

Comenzó a descender lentamente. La penumbra y un extraño olor a rancio la envolvieron. Pronto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y no le molestaba tanto el hedor de aquel sitio cerrado. Es más, le pareció un lugar agradable. La temperatura no era tan alta como en el piso superior, hasta podría decirse que se estaba fresquito. Empezó a investigar, caminando cautelosamente entre los numerosos bultos de diferentes tamaños. Había tantos y tan grandes que jamás lograría saber dónde se encontraba el tesoro.

De pronto, cuando llegó a la mitad de la estancia, que ocupaba casi toda la superficie del barco, escuchó un ruido grave, gutural, que la paralizó al instante. Se quedó tan quieta que notaba el corazón bombeándole en el pecho. Aguzó el oído y cuando dejó de escuchar sus propios latidos alcanzó a percibir lo que eran unos ronquidos. Siguió avanzando, sigilosamente, hasta la proa... Y cuál fue su sorpresa al encontrar allí, tumbados en el mismo suelo, a varios miembros de la tripulación totalmente dormidos, mientras un par de ratas pululaba entre ellos. A María le gustaba todo tipo de animales, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando los roedores la miraron ávidamente con sus ojos rojos.

El cocinero, un hombre altísimo, delgado, de piel blanca y pelo rojo como el demonio, se agitó entre sueños y dejó escapar un desapacible y brusco ronquido que la asustó. La niña salió corriendo en dirección contraria, hacia la puerta de la bodega. No veía ya nada, y solo pensaba en salir cuanto antes de aquel lugar, pero de repente algo se interpuso en su camino y se precipitó contra ello. Entonces, unas manos fuertes y rudas la agarraron por los hombros con firmeza, y María se asustó aún más, y un grito se le quedó ahogado en la garganta.

Menos mal que, al mirar hacia arriba, se encontró con los ojos tristes y brillantes del señor Blum, observándola atentamente. Él sonrió, y eso la relajó un poco. Se llevó el dedo a los labios y chistó para que no hiciera ruido. Le tomó de la mano y la condujo a través de los fardos y barriles hasta un rincón, donde una tela que colgaba del techo tapando la pared. Cuando el señor Blum la apartó a un lado, descubrió que lo que escondía detrás era la entrada a una pieza anexa. A María le había pasado totalmente inadvertida aquella tela en su exploración, y miró sorprendida al señor Blum, que con un gesto la invitó a entrar.

La pequeña estancia estaba repleta de lienzos. En el centro había un caballete y una mesa grande con una silla delante, mientras que en las paredes y desperdigados por el suelo se veían bocetos, cuadros y pinturas de lo más variopintas. Aunque el mar era sin duda el tema predominante, María también encontró retratos de gente desconocida, y de toda la tripulación: allí estaba el rostro del cocinero pelirrojo, con gesto amable, y un retrato de Pedro pescando con las redes, Tiburón junto al timón... y muchos más que no logró reconocer. Pero, ¿quién pintaba todo aquello? ¿Y por qué la había traído el capitán a aquel lugar escondido?

Sobre la mesa halló un esbozo de lo que parecía el rostro de una niña; cuando se acercó un poco más, reconoció su semblante entre los ligeros trazos de carboncillo. Lo observó detenidamente durante un rato, y después miró al capitán, como instándole a que le diera una explicación. Miguel sonrió de nuevo ante la incredulidad de la niña y le preguntó si le gustaban.

A la luz de las velas, María se percató de un pequeño detalle fundamental: el capitán tenía las manos y la cara tiznadas de carboncillo. ¡Era el señor Blum quien había dibujado y pintado todo aquello! Nunca hubiera podido adivinarlo. Desde luego, aquel hombre era una caja de sorpresas, estaba convencida de que ningún capitán de ningún barco del mundo se dedicaba a pintar en sus horas libres.

Comenzó a recorrer la estancia para echar un vistazo, deteniéndose en cada una de las pinturas; eran las de un verdadero artista. Volvió a mirar al capitán, que seguía sonriendo. A pesar de la soledad que reflejaban su rostro, sus manos y todo su ser, el señor Blum tenía una sonrisa preciosa que le provocaba dos ligeras arrugas al lado de los ojos y se los achinaba un poco. María se dijo a sí misma que era un hombre muy guapo y que no le importaría casarse con él cuando fuera mayor.

—Bueno, di algo. Parece que se te ha comido la lengua el gato, ¿no te gustan?

—¡Pues claro que sí! —se apresuró a contestar la niña—. Son estupendos. Dibuja usted muy bien, ¿sabe? ¿Dónde ha aprendido? ¿Quién le ha enseñado?

—Yo solo. Un día cogí un carboncillo y unas cuantas pinturas... y mira, este es el resultado —dijo, abarcando con un gesto de la mano toda la estancia.

—Son maravillosas, debería enseñárselas a todo el mundo.

—Vaya, me alegro de que te gusten, porque te estoy haciendo un retrato.

María fingió no haberse percatado de que era su rostro el que se reflejaba en el lienzo de la mesa.

—¿Y por qué a mí? —preguntó, aparentando una grata sorpresa.

—Porque tienes la cara más bonita que he visto en mi vida.

Esto lo dijo tan serio que a María no le pareció que lo dijera por cumplir y se sintió realmente halagada. Bueno, y quizá un poco turbada también. Nunca pensó que nadie la consideraría guapa, y menos alguien tan apuesto como el capitán. Cuando volvió a mirarle, sintió un cosquilleo que le subió de los pies a la cabeza y una nubecilla embotó su mente. Su corazón se esponjó. Se estaba enamorando, y era la primera vez.

Miguel se sentó en el suelo y encendió su pipa, y la niña fue a sentarse a su lado, de forma que su hombro rozaba distraídamente el brazo del capitán. Estuvieron conversando largo tiempo: de las pinturas, del barco, de la nueva vida de María... y de muchas cosas más, hasta que escucharon los despertares de la tripulación al fondo de las bodegas. El capitán le dijo que se había hecho muy tarde y que su madre debía de estar preocupada por ella, así que le mandó que subiera a cubierta.

Así era. Catalina la había estado buscando por todo el barco —incluso llegó a pensar que se podía haber caído por la borda—, pero la ausencia del capitán la tranquilizó e intuyó que estaría al cuidado de la pequeña María. Cuando la niña llegó corriendo alborozada a contarle lo que había encontrado en el sótano, Catalina no daba crédito a lo que oía.

—¿El capitán, un pintor? Quién lo hubiera dicho.

—Sí, y me está haciendo un retrato, y tiene muchísimos cuadros. De barcos, del mar, de personas... Dibuja muy bien —hubo un silencio dubitativo y continuó—. ¿Sabes? Creo que me he enamorado del señor Blum, ¿crees que querrá casarse conmigo cuando sea mayor?

La madre sonrió por la infantil ocurrencia, pero en su fuero interno la comprendió perfectamente, pues a cualquier mujer le resultaría muy fácil enamorarse de aquel excepcional muchacho.

EL SECRETO DEL CAPITÁN

Cuando el capitán Blum extrajo aquellos legajos polvorientos del armario y se los mostró a María, esta se quedó un poco decepcionada. Había esperado algo más sustancial, más sorprendente... aquello no era gran cosa.

En un papel viejo y amarillado por el tiempo y la humedad, se veía la figura de una mujer desnuda en una postura un tanto sugerente. La niña se avergonzó un poco.

—¿Su secreto es una mujer desnuda? —preguntó incrédula—. Pues vaya —e hizo un mohín desilusionado.

Al capitán le hizo gracia la salida de la chiquilla. ¿Serían todos los niños así, o es que ella era alguien especial?

—No es una mujer desnuda, es una estatua que representa a una mujer desnuda.

—Ah...

La perspectiva había cambiado por completo. Esto sí que era interesante, ¡una estatua!

—Es una figura tallada en las Indias sobre el colmillo de un elefante gigante —aclaró el señor Blum—. Le llaman la Venus de la felicidad, o de la fortuna. Quien la posea será rico y feliz para siempre, y nunca volverá a tener penas, ni sufrimientos, ni llanto.

—¿Y dónde está? —le increpó María.

—En el fondo del mar, muy lejos de aquí.

—¿Como el anillo de su madre?

—Sí.

—Vaya —La chiquilla seguía gratamente sorprendida, para regocijo de él—. ¿Y cómo va a ir a buscarla?

—Mmm... Tendré que encargárselo a algún delfín para que la encuentre por mí, porque yo no puedo respirar debajo del agua. ¿Tú conoces a algún delfín?

—Pues la verdad es que no, y me gustaría mucho conocer a alguno, la verdad. Pero entonces, ¿sabe dónde está?

—Naturalmente. Está bajo las aguas de la bahía más hermosa de todo el Mediterráneo —se quedó pensativo—. Algún día iré a buscarla.

—¿Me dejará que le acompañe? —Los ojillos de la niña centellearon de ilusión.

—Por supuesto —mintió él.

Los miembros de la tripulación del capitán Blum eran viejos lobos de mar —no tanto por edad, sino por la ingente cantidad de experiencias acumuladas en su piel—, y cada uno poseía alguna característica que le diferenciaba de los demás. Entre ellos destacaba Lola, una mujer inmensa, corpulenta y algo entrada en carnes que se paseaba por cubierta a grandes zancadas. Propensa a la hilaridad, solía oírse a menudo soltando profundas y descaradas carcajadas —que a Catalina le recordaban a las de las prostitutas del puerto de Cartagena— y hablando casi siempre a gritos con su voz clara y poderosa, pero no había duda de que tenía una personalidad llana y simple y poseía un gran corazón.

Al igual que todos los marineros de *El Sueño*, Lola profesaba al capitán un gran afecto, pero era el suyo un apego maternal, protector; admiraba profundamente a Miguel y hubiera dado su vida por él si fuera necesario.

En cierta ocasión en la que Catalina observaba embelesada al capitán, Lola se acercó sigilosamente por la espalda y dijo, como si hablase consigo misma:

—Es apuesto, ¿verdad?

Catalina no podía admitir que la hubieran sorprendido admirando la belleza de otro hombre, como era de esperar, y tuvo que agachar la cabeza avergonzada para que la mujer no se diera cuenta de que se había sonrojado.

Lola puso los brazos en jarras y continuó:

—Es un gran muchacho, un magnífico marinero y una excelente persona.

—¿Por qué anda tan pensativo, tan... afligido? —preguntó Catalina cuando se hubo recuperado—. Aun cuando sonrío, asoma en sus ojos ese halo de melancolía...

—Siempre fue un niño muy triste, ¿sabe? Apenas levantaba dos palmos del suelo, y lo veías sollozando en los rincones del barco. Nunca supimos la razón. Es su carácter, sin más. Hay personas alegres a las que la vida les parece maravillosa, y hay otras, como Miguel, a las que les cuesta vivir sin plantearse por qué han venido a este mundo. Y en cuanto a esa melancolía suya... en realidad no me sorprende nada. Es clavadito a su madre. Ella era una mujer enclenque y mohína que lloraba por cualquier cosa y a todas horas. Creíamos que su fragilidad la mataría cuando se preñó, pero no fue así; solo su hijo supo otorgarle la vitalidad que le corresponde a una mujer criando, y solo a él le sonreía. Aún no entiendo cómo el maldito viejo perdió la cabeza por ella. Era hermosa y blanca, sí, y muy elegante, pero parecía un pajarillo más que una hembra. En fin... —suspiró perdida en otros tiempos.

La narradora vio que había logrado captar la atención de la señora Velázquez y, agasajada, continuó con la historia:

—Cuando Miguel tenía ocho años, su madre murió a manos de unos piratas griegos a solo cinco millas de la costa. ¡Malditos hijos de Satanás...! El pobre zagal vio cómo la degollaban mientras el barco ardía y se iba hundiendo poco a poco. Aún recuerdo el miedo y la sangre reflejados en sus ojos. Era un crío, y míralo ahora, tan alto, tan gallardo... Aunque yo creo que esa tristeza que lleva arrastrando desde siempre no es más que soledad. Sí, estoy convencida. Nunca tuvo con quién jugar, ni nadie con quién hablar. ¿Me explico? Se tiene a sí mismo, y yo diría que ni siquiera se cae bien. Todos hacemos cuanto podemos cuando charlamos con él, ya sabe, pero le aburre nuestra conversación. Es un hombre listo, sí señor, muy inteligente, y además todo un artista.

—¿Y... su padre...? —preguntó Catalina tímidamente.

—Murió hace apenas unos meses —en este punto Lola suspiró tan profundamente como lo hacen las ballenas al emerger a la superficie—. Ese condenado... cómo se movía el cabrón entre las sábanas. Tan rudo en cubierta y tan tierno en la cama, ¡quién nos iba a decir que nos dejaría!

Una pequeña congestión asomó a su gran rostro, y una lágrima se deslizó por sus mejilla. Lola la desterró con la mano y prosiguió:

—Por eso anda tan apenado últimamente el capitán, porque es un muchacho listo y triste, y porque acaba de quedarse solo, más de lo que ya estaba —Hubo un silencio, durante el cual se le pasaron ideas y recuerdos por la cabeza a gran velocidad—. En realidad nunca se llevó bien con su padre; un hombre sin cultura, rudo, una mala bestia que siempre iba dando gritos por ahí, pero eso sí, el mejor marinero del mundo. No entendía la inteligencia del muchacho, ni sus aficiones artísticas, que sin duda le salieron a su madre. No era más que un pobre lobo de mar, y enseñó a Miguel a capitanear el barco a base de gritos y golpes. Pero lo quería muchísimo. El chico era el último vestigio que le quedaba de su joven amor, y ¡qué coño!, carne de su carne. Más que se quiere a un hijo no se puede querer a nadie, usted debe saberlo, ¿no?

—Por supuesto —intervino Catalina.

—Pues ya sabe por qué Blum tiene ese carácter tan taciturno. Lo que necesita es una buena chica con la que hablar y retozar en la oscuridad, ¿eh? —dijo guiñándole un ojo.

—¡Pero yo soy una mujer casada! —se exaltó Catalina por la proposición.

—No me refería a usted, Catalina, sino a su hija. La niña ya es una pollita. Yo a su edad ya me había trajinado a un par de hombretones, ja, ja, ja, ja —y se alejó despacio profiriendo ruidosas carcajadas.

Catalina se quedó aún más desconcertada de lo que ya estaba. ¿María? ¡Pero si no era más que una niña que solo pensaba en jugar y perseguir a los animales

arrastrando los preciosos vestidos de encajes. No, era apenas una cría. Quizá se decía todo esto a sí misma solo para autoconvencerse, pues cada uno se argumenta según lo que quiere o le conviene escuchar, pero en aquel momento no le parecía que el señor Blum, por muy joven que fuese, pudiera llegar a tener algo con su hija.

Alejandro Blum se crió en el más recóndito de los astilleros de San Juan de las Águilas, un humilde pueblo de pescadores al sur de España. Nada que ver con Cartagena, una ciudad en la que a diario desembarcaban más de cien barcos y de la que salían otros tantos —hacia las Indias, las Américas, África o el norte de Europa, o simplemente para surcar las aguas del Mediterráneo— y que se erigía como uno de los puntos neurálgicos del comercio marítimo de todo el Levante.

San Juan de las Águilas no era más que cuatro casas desperdigadas por la costa en las que vivían las mujeres y los hijos de los marineros, quienes se pasaban semanas enteras en alta mar, salvo los que desaparecían para siempre. Con todo, allí se construían buenos barcos, los mejores de toda España. El astillero estaba ubicado detrás de un pequeño cabo, un altísimo acantilado en el que anidaban miles de gaviotas junto a una bahía de playas doradas. En una de esas playas, la que quedaba más cercana al astillero, las mujeres del pueblo cocían el esparto, para poder trenzarlo con más facilidad y fabricar así todo tipo de utensilios y calzado. A esta playa se la conocía como «de los Cocedores», aunque algunos la llamaban simplemente «el Astillero».

Cerrando la bahía se encontraba la isla de los Frailes, llamada así porque una colonia de franciscanos se había instalado en ella y había construido un diminuto monasterio y un embarcadero. Era un peñasco tan insignificante, que antes solo estaba habitada por ratas, tan grandes como perros, que en una carrera daban la vuelta al islote. Cuando la abordaron los frailes, las ratas se resistieron a abandonarla, y unos y otras tuvieron que cohabitar en más guerra que armonía. Las ratas, que llevaban siglos reinando en la isla y se conocían el subsuelo, eran sigilosas, superiores en número y acababan con los víveres de los franciscanos antes de que estos pudieran tan siquiera olerlos, por lo que finalmente ganaron la batalla. A los franciscanos no les quedó más remedio que claudicar y marcharse, mientras que las ratas gigantes quedaron como dueñas y señoras de la isla, habitando entre las ruinas del monasterio que seguían en pie.

Como decía, Alejandro vivió y creció en el astillero donde trabajaba su padre, Horacio Blum. Aprendió a trabajar la madera; a cortarla, lijlarla y darle forma; a calcular los puntos y las fuerzas de flexión de cada tablón. Aprendió a construir barcos, por dentro y por fuera. En los astilleros de San Juan de las Águilas se efectuaba todos y cada uno de los elementos de la embarcación, desde el timón y sus florituras, hasta la última polea del mástil. Por eso Alejandro terminó conociendo a la perfección la fisonomía y el funcionamiento de los navíos, porque por sus manos pasaron cientos de ellos, a cual más hermoso y perfecto.

Pero el muchacho soñaba con navegar, y en cada barco que construía ponía la ilusión de quien sabe que lo erige para capitanearlo. Anhelaba manejar el timón de alguna de aquellas majestuosas embarcaciones y poner rumbo hacia destinos lejanos y desconocidos. Esta idea no desapareció con el paso de los años. Al contrario, cuando se hizo un hombre, arraigó aún más en su cabeza y en su corazón, y se propuso firmemente que algún día sería el dueño de un barco como los que construía en su astillero.

Estaban terminando una de las mejores naves que se habían encargado a los astilleros de las Águilas. El propietario, un comerciante andaluz, se arruinó antes de que estuviera completo y no pudo pagarlo, por lo que el gran casco se quedó allí, a medio construir y estorbando. Cuando Alejandro acababa su jornada laboral, se quedaba tres horas más todos los días colocando cada tabla, cada herraje, cada mínimo detalle, hasta que estuvo completado. Durante los dos años que le llevó terminar esta tarea, y a lo largo de su corta edad, había estado ahorrando todo lo que su sueldo le permitía. En total no era más de la mitad de la mitad de la mitad de lo que valía el navío, pero considerando que había sido construido en gran parte por Alejandro, que no hacía más que obstaculizar y dificultar el trabajo del astillero, y que el joven soñador persistía en su empeño de salir a navegar, su padre le permitió que lo comprase. Eso sí, con la condición de pagar hasta la última moneda de oro que valía a quienes lo habían construido.

Así pues, después de comprar las velas y reclutar a un solo marinero —Alfonso, tres años mayor que él pero igualmente aguileño—, se echó la suerte al hombro como equipaje y partió al puerto de Cartagena a contratar su tripulación.

Con la ilusión de quien ha visto realizada la aspiración de su vida, su gran anhelo, culminó la obra de arte pintando con grandes letras el nombre de su barco, *El Sueño*, su sueño hecho realidad. Contaba entonces con veinte años, y aún le quedaba mucho que aprender.

Había pasado toda su infancia queriendo ser marino, pero ahora tenía que plantearse a qué se iba a dedicar, porque de navegar no vive nadie, y menos una tripulación entera. Por su carácter noble, no valía para los negocios, así que obvió antes la idea de ser mercader que la de ser pirata —que también se le ocurrió, pero la descartó porque tampoco tenía madera de malhechor—. Finalmente decidió que *El Sueño* sería un barco de pasajeros: llevaría a las personas hasta puertos remotos para, de esta forma, cumplir sus sueños y hacer honor a su nombre.

Ya en el puerto de Cartagena, se vio obligado a atracar durante una semana entera en la que hubo de pagar las tasas del puerto con el último dinero que le quedaba. Las cosas se torcían y aún no tenía una tripulación. Los marineros decentes no se fiaban del capitán imberbe de un barco de velas y maderas relucientes, que no contaba con una miserable moneda en sus bolsillos.

Tal fue su desesperación que se armó de valor y en plena plaza del mercado se subió a unas cajas y profirió a gritos su intención de reclutar una tripulación para su barco. Fue honrado y avisó de su falta de capital, mas su empuje y su vitalidad, sus ojos claros rebosantes de entusiasmo por un sueño no tan descabellado, hicieron que algunos de los allí presentes aguzaran el oído, pero nada más. Nadie se acercó a él, nadie le esperó para decirle que sería su fiel marinero, que ponía su destino en sus manos y que iría donde él fuera. Bajó apesadumbrado y la desilusión hizo presencia por primera vez en su corazón.

Acompañado de Alfonso, su amigo de la infancia que confió en él desde el primer momento, se fue a la taberna a ahogar su reciente pena en la cerveza. Aquella noche conoció a Lola, una jovencísima prostituta rechoncha que reía a carcajadas todo el tiempo. No podía pagar sus servicios así que la rechazó, pero esta, viendo tal decepción en su mirada, se propuso animarle como fuera. Alejandro, medio borracho, le contó toda su vida, sus aspiraciones y su reciente desengaño, así como su intención de reclutar a un grupo de buenos marineros para su gran barco. Tanta ilusión puso en su descripción que Lola quedó totalmente convencida de la hazaña del joven capitán.

Despertó tirado en el suelo húmedo y sucio de la taberna del puerto. Le dolía terriblemente la cabeza, y tuvieron que pasar varios minutos antes de que fuera consciente de lo ocurrido aquella noche. Sorprendentemente lo recordaba todo, hasta los restregones de las grandes pechugas de Lola por su cara. Y cuál fue su sorpresa, después de levantarse del suelo, al ver a la muchacha con los brazos en jarras delante de varios jóvenes andrajosos y malolientes.

—Te traigo tu tripulación, capitán, ja, ja, ja. ¿Cuándo embarcamos? —dijo con voz estruendosa.

Alejandro tardó en reaccionar. Desde luego, no era esa la tripulación que había soñado para su gran barco: una prostituta de quince años, y cuatro muchachos escuálidos, muertos de hambre que habían subido a un barco en una ocasión —o en ninguna—, y que ni por asomo tenían ni la más mínima idea de cómo se navegaba. Pero recordó la infructuosa tarea de los días pasados, y no tuvo más remedio que resignarse. Envolvió de esperanza su corazón y se dijo a sí mismo que haría de aquellos muchachos los mejores marineros de todo el océano, que se conformarían con poco y que les sacaría de apuros. Pronto volvió a construir castillos en el aire con el negocio del traslado de pasajeros y tornó a animarse.

Así fue como se constituyó la tripulación de *El Sueño*. Tim el Rojo, un adolescente delgado, pelirrojo y más feo que las ratas, había trabajado a la fuerza en una taberna bajo las faldas de “la Guarra”. Sus padres lo habían vendido a la tabernera como mozo de limpieza, pero resultó ser más útil en la cocina. Entre pucheros rancios y pescados medio podridos aprendió a cocinar —si así se les puede llamar a los hediondos artes culinarios de “la Guarra”—. Su destino en el barco estaba claro: los fogones. Al fin y al cabo, ninguno de aquellos muchachos había comido en su vida nada decente, por lo que cualquier alimento preparado les parecería el más rico manjar.

Por su parte, el negro Bob era un esclavo fugitivo, de la misma edad que el capitán, que venía huyendo de su amo y de la justicia desde los Picos de Europa. Había recorrido la península de una punta a la otra para zarpar en un barco y escapar definitivamente de las vejaciones de sus captores. Alguien le dijo que en las tierras murcianas la justicia no asomaba la nariz y salió disparado hacia el sur. En realidad, aquellos parajes le parecieron de lo más hospitalarios, sus gentes, su clima y sus poblaciones. Reinaba la paz ni más ni menos que como en todas partes, y la justicia real estaba igual de presente que en las tierras del norte. Bob sabía hacer cualquier cosa, aunque dejó muy claro que no sería esclavo de nadie, pero sí amigo de todos, apunte que agradeció bastante Alejandro.

El más joven de los cuatro era un mozalbete escuálido de trece o catorce años al que denominaban “el Ladrón”. En realidad se llamaba Pedro, pero todos lo conocían por su apodo, que le venía de un abuelo suyo, al que ni siquiera conoció, que robó de pura hambre un cerdo al señorito. Sin hacer honor a su sobrenombre, mendigaba por las calles y hurgaba en las basuras para encontrar algo de comer. No tenía casa, ni padres, ni familia, ni nada que perder, así que embarcarse le pareció una buena idea siempre y cuando hubiera un plato de comida al día, frío o caliente, eso no importaba demasiado.

De entre todos, “el Castaña” no le dio muy buena espina al capitán. Nadie sabía cómo se llamaba, de dónde venía o a qué se dedicaba. Era un hombre mayor sin llegar a ser un anciano y parecía que lo único que había hecho en su vida era beber y beber e intentar mantenerse en pie. Tenía un extraño acento; Lola decía que en la taberna había oído que venía de la zona galeica, pero nadie se molestó en preguntárselo nunca. Alegó que trabajaría en lo que fuera siempre que hubiera ron. Alejandro lo hubiera invitado a dar media vuelta y volver por donde había venido, pero no estaban las cosas para despreciar a nadie, así que le dejó muy claro que el único ron que bebería sería el que él mismo se costeara con su esfuerzo. Al Castaña no pareció importarle.

Comenzaron con los preparativos del viaje, tuvieron que salir todos en busca de clientes para amortizar el viaje. Tardaron dos semanas más en encontrar a un marchante de mercancía sospechosa que pagó con oro puro y exigió ser el único polizón del barco. Parecía no andar nada mal de liquidez, pues sufragó por adelantado la mitad del pasaje que correspondía a diez personas, y se comprometió a pagar el resto cuando hubieran embarcado. Partieron hacia Egipto a los días con las bodegas llenas de baúles y provisiones y con la experiencia de quien no ha navegado en su vida por el Mediterráneo.

El principio del viaje fue duro. Alejandro, armado de paciencia, enseñó a su tripulación cada uno de los rincones del barco, para qué servía cada instrumento, cada cabo, cada trozo de madera. Les obligó a todos a aprender la totalidad del funcionamiento de la embarcación. E incluso previó situaciones extremas como tormentas, ataques de piratas o incendios. Impuso sus propias reglas, normas estrictas que nadie osaría desobedecer jamás. Alejandro Blum era un hombre directo, serio y sencillo, y le gustaban las cosas claras desde el principio; por eso logró ejercer la autoridad entre su tripulación. Su nariz recta, afilada y muy larga le confería un carácter rotundo y autócrata que sus marineros acataron desde el primer día.

Recorrieron todo el Mediterráneo de cabo a cabo en numerosos viajes. Luego se aventuraron hacia el norte, después hacia las Indias, y más tarde decidieron alargar su camino hacia las cálidas aguas del Caribe. No había tormenta que se les resistiera y jamás se toparon con piratas. Alejandro fue feliz durante todos estos años, y su tripulación estaba tan unida que, más que amigos, se consideraban una familia.

Siempre volvían al puerto de Cartagena a por sus clientes, y siempre atracaban su barco en el puerto de San Juan de las Águilas para que sus habitantes contemplaran lo que había llegado a ser del hijo de Horacio Blum, el de los astilleros.

En uno de esos viajes, el que resultó ser el más importante de su vida, conoció a la que fuera su mujer. Se trataba de una misión especial que dependía directamente de la Corona. Embarcaron varios hombres liderados, según pudo saber más tarde Alejandro, por un prestigioso arqueólogo. Viajaba con ellos una jovencísima muchacha, hija del arqueólogo, que dejó prendado a Alejandro desde la primera vez que la vio.

Se dirigían a Egipto, pues se contaba que allí había existido una antigua civilización de la que apenas se sabía nada y en cuyas tumbas podían encontrarse tesoros exóticos, extraños y muy valiosos. Al parecer, la Corona pretendía apoderarse de alguno de ellos y se valía de una expedición científica.

La joven pasó todo el viaje mareada y sin apetito, por lo que su tez se iba volviendo día tras día más clara y transparente, sus ojos se hundieron en sus cuencas y sus labios perdieron su color rosado. Pero nada de esto impidió que Alejandro perdiera totalmente la razón por ella y comenzara a cortejarla de la mejor manera que sabía —que desde luego no era la más adecuada—.

Resultó una tarea ardua por varias razones. La fragilidad de la muchacha la obligaba a descansar casi todo el tiempo, por lo que solo subía a cubierta al atardecer. Además, era de clase social alta, por lo que su padre no le permitiría, bajo ninguna circunstancia, que se enamorara de un marinero inculto del que no tenía referencias, por muy honrado y capitán de barco que fuese. Mas tan cegado estaba Blum por ella, que no cejó en su empeño de conseguir el amor de la muchacha, cuya juventud e inexperiencia ayudaron al capitán a enamorarla. La adulaba cuanto podía y la agasajaba con conchas marinas, cartas secretas mal escritas pero colmadas de pasión, y ante todo, con todas las atenciones de las que era capaz. Con todo, fue un beso robado, una noche ante el océano, el que terminó por convencer a la hija del arqueólogo.

En el viaje de vuelta, Alejandro pidió la mano de la joven, pero la negativa del padre le hizo caer en un terrible desaliento. Fue al volver a España cuando decidió que

raptaría literalmente a su futura esposa, y así lo hizo. Se casaron en el mar, frente a las costas de San Juan de las Águilas. No volvió *El Sueño* a atracar en el bullicioso puerto de Cartagena hasta algunos años más tarde, cuando supieron que el viejo arqueólogo falleció de melancolía.

Pronto se habituó la señora Blum a los vaivenes del barco que se convirtió en su hogar, y aunque seguía siendo una mujer de extremada debilidad, la felicidad la reconfortaba y pudo darle un hijo al capitán, el pequeño Miguel Blum, una criatura tan encantadora como las perlas del mar.

Luego aconteció la catástrofe, y los dos Blum volvieron a quedar solos: uno viudo y el otro huérfano. Jamás pudo Alejandro perdonarse aquel viaje, aquel gran error, y jamás volvió a acercarse a las paradisíacas costas griegas. Ni el tiempo ni las millas de agua salada pudieron sanar las heridas de su alma, pero padre e hijo continuaron su vida navegando por los océanos, escapando del cruel destino de una mujer que fue inmensamente amada.

Estando María jugando a descubrir figuras en las esponjosas nubes avistó a lo lejos, entre las ondas del horizonte, una gran masa que aparecía y desaparecía entre las aguas y brillaba con la luz del sol. Se quedó inmóvil y muda sin explicarse qué podía ser aquella gigantesca mole que se acercaba hacia ellos con gran rapidez.

Intentando adivinar qué clase de monstruo sería —pues la imaginación de la niña le llevaba mucho más allá de lo estricto de la realidad—, vio salir de entre las olas una explosión de agua coronada de espuma blanca.

¡Ballenas!

Con gran excitación por el descubrimiento, corrió agitada por toda la cubierta gritando:

—¡Ballenas, ballenas! ¡He visto una ballena! —y tirando impertinente de la manga de la camisa del capitán, le increpó—. ¡Capitán, capitán, una ballena! ¡Allí, allí! —decía mientras señalaba a babor con el dedo y daba saltos nerviosos—. ¡Una ballena!

A Blum le cambió el semblante, sus facciones se alargaron, palideció en un segundo y una sombra oscura se posó bajo su mirada. Oteaba el horizonte, pero no lograba avistar nada. Solo esperaba que fueran ballenas, normales y corrientes, como las que surcan los océanos de una punta a otra de la Tierra... y no *ella*. No la había visto jamás, pero la leyenda había sido la peor pesadilla de su infancia, como lo era de todos los marineros que andaban de paso por esos mares, rezando a sus dioses para que no se topara con ellos.

Nunca se habían avistado ballenas por esas latitudes, salvo a ella, que se decía espantaba con su terrible furia a todas las de su especie que osaban adentrarse en sus territorios.

A los gritos de la pequeña acudieron todos a cubierta, pasajeros y tripulación sin excepción; hasta subió Tim el Rojo, cuchillo en mano y con el delantal sembrado de manchas culinarias de múltiples colores. María seguía saltando señalando hacia un horizonte vacío, pero nadie vio nada. «Cosas de chiquillos», pensaron algunos.

Pedro subió con gran agilidad por las escalas hasta lo más alto del mástil principal y con los ojos entrecerrados, intentaba descubrir cualquier movimiento en las aguas.

La brisa había cesado de repente. Una quietud aplastante y un silencio atronador los envolvió de tal forma que se podían oír las respiraciones en alerta. El cielo se cubrió de nubes negras que aparecieron de la nada, cerrándose ante el sol y apagando la claridad que cegaba los ojos de los espectadores.

El mar estaba en calma. No se oía nada, ni el más leve movimiento de las aguas, pero todos seguían a la expectativa de algún suceso trascendente. Entonces, algo se movió a lo lejos; esta vez todos pudieron apreciarlo. Nadie habló, nadie dijo ni una palabra, como si la ruptura del silencio pudiera desembocar en algo fatídico. Observaron cómo la gran mole plateada se acercaba lentamente hacia ellos, apareciendo y desapareciendo bajo el manto gris de las aguas.

—¡La Colosa, capitán, es la Colosa! ¡Lleva el arpón en la boca! —gritó Pedro desde la cofa del mástil.

No hubo nadie que no se girara hacia el capitán y no se estremeciera al ver su expresión aturdida y el miedo inyectado en sus ojos.

De nuevo se hizo el silencio, que fue roto por un ensordecedor gemido agónico, afligido pero enfurecido, que rasgó el aire y les heló la sangre en las venas.

—Por Dios santísimo —dijo el cura para sí estrujando las cuentas del rosario que llevaba en las manos—. ¿Qué clase de criatura es esa?

—Es la Colosa —contestó Tim con resignación manteniendo aún el cuchillo entre sus manos—, el espíritu atormentado de una ballena afligida y solitaria que vaga por estos mares con un arpón en la boca. Dicen que en su juventud, hace cientos de años, salvó de la muerte a un marinero que naufragó transportándolo en su grupa hasta el puerto más cercano. Desde entonces, el marinero se acercaba al puerto cada noche para agradecerle la hazaña y cuentan que hombre y ballena conversaban largamente hasta el amanecer.

—Hasta que una noche la ballena no apareció —continuó Lola, que gustaba de contar historias—, pero el marinero continuó acudiendo por las noches a la cita, confiando en que su amiga no lo había olvidado. Efectivamente, la gran ballena volvió, pero lo hizo acompañada de un ballenato jugueteón recién parido. El hombre se alegró de corazón y vio crecer lentamente al pequeño.

»Un día se enteraron en el pueblo de que con la grasa de las ballenas jóvenes se elaboraba un unguento milagroso que levantaba la virilidad hasta a los muertos, y que se pagaba con ingentes cantidades de oro. Movidito por la codicia, el marinero se embarcó en un navío ballenero y con sus propias manos enarboló un gran arpón que alcanzó al retoño de su amiga. Solo cuando vio llorar amargamente a la bestia fue consciente del terrible error en el que había incurrido. Llena de furia por la ingratitud de los hombres, la Colosa, como la llamaron desde entonces, la emprendió contra el barco a cabezadas hasta que lo hundió y se tragó vivo al que años atrás había salvado de la muerte. Luego llevó a su ballenato agonizante hacia el abismo, donde lo vio morir dolorosamente. Desde entonces vaga por estos mares encolerizada y afligida, cargando entre sus dientes el mismo arpón para recordar a la humanidad su crimen. Dicen que no hay barco ballenero que pase por estas aguas y salga ileso. Aparece de la nada. Dios nos salve de su furia.

—Su memoria y su rencor son infinitos, tanto como su vida eterna —agregó Tim el Rojo.

María comenzó a llorar de puro miedo al oír la historia, segura de que los embestiría y se los tragaría a todos. El capitán colocó las manos sobre sus hombros, intentando infundirle seguridad. La niña ahogó su llanto.

—*El Sueño* no es un barco ballenero —dijo con firmeza el señor Blum.

El monstruo se aproximó hacia ellos de forma que pudieron contemplar su enorme cuerpo.

—Ssssh, silencio. Está debajo de nosotros.

Nadie se atrevió siquiera a respirar, sintieron bajo sus pies el grito irritado de la Colosa, que hizo vibrar todo el casco. Se esperaban lo peor. Hasta el más escéptico encomendó su alma a Dios y se arrepintió sinceramente de sus pecados. El sacerdote murmuraba sin cesar una oración incomprensible.

De pronto, la gran mole se levantó ante ellos dejando escapar un gigantesco chorro de espuma blanca. Su ojo, del tamaño de un ventanal, refulgía con un atisbo de inteligencia y dejó escapar una lágrima viscosa. Luego se hundió para no volver a aparecer, dejando tras de sí un remolino de agua. Las nubes se dispersaron y volvió a soplar la brisa. Nadie dijo nada hasta que el bombeo de sus corazones se calmó. Respiraron aliviados.

—Se ha ido —dijo el capitán—. Sabe que este no es un barco ballenero —Y presionó con fuerza los hombros de María, que se sintió segura junto al señor Blum.

Aquella adolescente de tez oscura, altiva y antipática era la única persona que no se había dignado a dirigirle la palabra todavía. María sabía que también se había enamorado del capitán, claro, como todas las mujeres de ese estúpido barco. ¿Realmente era tan apuesto como parecía? A su corta edad había visto a un gran elenco de hombres más guapos al señor Blum. Ella también se había fijado en él, pero su fascinación por el capitán no era por el atractivo, como les sucedía a las demás señoras —entre las que penosamente debía incluir a su madre—, sino por la seducción intelectual a la que la había sometido el propio capitán. Por eso, María se sentía diferente al resto. No le importaba cómo fuera en su físico; ella se quería casar con él porque era una persona encantadora con la que pasaba agradables ratos de asueto.

Por boca de su madre supo que la arrogante Rosario —que así se llamaba esa muchacha tan desagradable— era una gitana de los barrios bajos de Cartagena que huía de la justicia de un clan vecino. Su padre había desvirgado a una jovencita de otra familia y esta, tomándose la justicia por su mano, juró la muerte al padre, a la mujer y a todos sus vástagos. Así fue como murieron asesinados a cuchillo el padre y los nueve hijos varones de la pareja. Hubieran sido dos más las muertes con las que vengarían la ofensa de la familia, si Rosario y su madre no hubieran huido en plena matanza a los barrios altos de la ciudad.

El destino de ambas mujeres era ahora incierto. Sin hogar, bienes ni hombre que las respaldara, se encontraban perdidas en medio de un océano inmenso, rumbo a una tierra desconocida. María se apiadó de ellas, mas no había lugar para la compasión en tal altanera raza. Si algo caracterizaba a las mujeres gitanas era la inteligencia y su gran capacidad para sobrevivir en cualquier estado y lugar, solas o acompañadas de sus hijos y maridos, a los que había que arrastrar hacia el progreso familiar con artimañas de auténtica brujería.

Aquella noche, Rosario no cenó con los demás. María intuyó que aquella muchacha tramaba algo y que lo hacía, además, con el consentimiento de su madre. Se disculpó ante los comensales y salió a buscarla. La encontró bajo las escaleras que subían a proa, ataviada totalmente de negro y la cabeza cubierta con un pañuelo del mismo color. Tenía unos ojos oscuros en los que reflejaba la maldad.

Rosario descubrió a la niña observándola y un gesto de satisfacción se reflejó en su semblante.

—¿Qué haces? —preguntó María.

La gitana pensó que aquel era el momento de darle una lección a aquella mocosa insolente que siempre andaba incordiando a su capitán. Sabía que era la única que podía interponerse entre ella y su secreta intención, pero había llegado el momento de acabar con su rival, y lo haría delante de sus narices.

—Preparo un conjuro para enamorar por siempre al capitán. Solo las verdaderas brujas pueden realizarlo —respondió mirando a María con ojos alocados para intimidarla.

Era curioso. La niña creía en las sirenas, pero jamás pensó que las brujas fueran algo más que majaderías de gente de baja alcurnia. Así que, en lugar de lograr su propósito, lo único que consiguió fue suscitar su curiosidad.

—¿Ves esto? Es un trozo de la camisa del señor Blum —Movió los dedos ante la cara de María enseñándole sus dientes torcidos.

Depositó el retal en un cuenco, se arrancó varios cabellos y los colocó encima. Escupió sobre ambas cosas y acto seguido les prendió fuego con una vela que llevaba consigo, mientras movía la cabeza en círculos con los ojos en blanco.

¿Eso era todo? ¿Así es como lograría volver loco por ella al capitán? Lo tenía en muy alta consideración como para caer bajo un hechizo tan rastroso.

Ni el hipnótico zaraqueo del mar ni la magia blanca de la luna permitirían a aquella adolescente de innoble corazón escribir entre líneas lo que el destino ya tenía trazado de antemano.

María estuvo toda la noche dando vueltas a lo acontecido. Soñó con bellas gitanas, muy distintas a la desgraciada Rosario, que se apoderaban del capitán y lo sumían en profundas simas ardientes llenas de pelos negros y de camisas raídas. Ella lo llamaba para captar su atención, pero las gitanas cantaban exhalando aullidos que habrían de embrujar aún más los desvalidos oídos del señor Blum. Despertó sudorosa y hastiada de tanto sufrimiento. Ya no pudo dormir en toda la noche. Después de vagar largo rato entre sus pensamientos, decidió levantarse y dejar que la brisa le acariciara suavemente el rostro.

Siguió pensando en la grotesca escena de brujería barata que había contemplado hacía apenas unas horas. ¿Y si era verdad?, ¿y si realmente funcionaba y perdía al capitán para siempre? ¿Y si... ella lo intentaba?

Entendió que necesitaba algo, algún objeto que le perteneciera. No lograba imaginar cómo había conseguido Rosario un pedazo de su camisa. En días posteriores se percató de que lo había cortado cuando la camisa estaba tendida, sin cerciorarse de que fuera realmente de su ansiado capitán.

Volvió a acostarse y no se durmió hasta que hubo urdido todo su plan.

Al día siguiente se cepilló el cabello con sumo cuidado y lo dejó suelto. Se paseó por delante del capitán esperando, que este le dijera algo sobre su melena, pero el muchacho andaba en otros pensamientos y no se paró a contemplar la belleza exótica de la pequeña. Finalmente fue ella la que tuvo que actuar.

—¿Le gusta mi cabello, capitán?

—Eh... claro, María, es precioso. Tan negro... como la tinta de los calamares —respondió atónito por la ocurrencia de aquella niña.

—A mí también me gusta mucho el suyo. Parece hecho con rayitos de sol.

—Ja, ja, ja, ja —rió el capitán quien, a pesar de su consabida tristeza, era propenso a reír a carcajadas.

—Le propongo un trato, señor Blum. Le cambio uno de mis cabellos por uno de los suyos, así podré tener un rayito de sol para mí —dijo sabiendo que lograría el objetivo que se proponía.

—Muy bien, un cabello de oro por otro de azabache... salgo ganando —dijo mientras escogía uno de sus cabellos y le daba un pequeño tirón para ofrecérselo a María. Luego ató delicadamente a su dedo el que ella le brindaba, y allí lo tuvo hasta que el viento se lo arrebató al atardecer.

Comenzó María el ritual satánico que había contemplado la noche anterior, sin más esperanzas de que se hiciera realidad que las que le ofrecía su propia imaginación. Sería absurdo que un hombre, por joven que fuera, se enamorara de ella, una niña. Le gustaría que cuando fuera mayor el capitán perdiera la cordura por ella, pero en ese momento... ¡qué tontería! Mientras preparaba el mejunje divagó sobre la idea de denominarse algún día María Blum, o señora de Blum, y se regocijó en ello. Aunque también pensó que le quedaba mejor María Velázquez; era más bonito, más español, y había sido tanto tiempo suyo que le parecía increíble tener que renunciar a su apellido solo porque un hombre se enamorara de ella.

Mientras pensaba en todo aquello estuvo reteniendo en la boca toda la saliva posible, creyendo firmemente que si el hechizo funcionaba de veras, sería gracias al escupitajo que cubriría ambas hebras de cabello, y no al atuendo estrafalario que llevaba Rosario la noche anterior. Por miedo a que la vieran, se había disculpado para cenar y estaba quemando la asquerosa pócima en su cuarto. Pronto aquello comenzó a oler muy mal y la niña se preocupó. ¿Cómo podría explicar todo aquello? Aun así, dejó que ardiera por completo.

Cuando se hubo consumido la pequeña llama que llevaría a Miguel al más cruel de los infiernos, notó que tocaban en la puerta. No era su madre, eso seguro, pues ella habría entrado de sopetón, reprendiéndola sin preguntar. Había sido un toque denso, educado y paciente. No contestó y hubo otro.

—¿Se puede?

María se apuró, se puso nerviosa y contestó con la voz quebrada.

—¿Quién es?

—Soy el capitán, María, ¿puedo pasar?

—¡Capitán! Claro, pase —contestó toda colorada por verse pillada *in fraganti*. Le dio tiempo de esconder el cuenco debajo de la cama, pero le constaba que un olor nauseabundo a pelos y saliva quemados flotaba en el minúsculo camarote.

—María, huele a quemado. No estarás jugando con fuego, ¿verdad? —el señor Blum estaba serio, enfadado, pero en ningún momento levantó la voz.

—No, de verdad, no jugaba con fuego, se lo prometo —dijo la niña consciente de su cinismo y sabiendo que el tufo del habitáculo la delataba. Su mente iba deprisa y se excusó pensando que no estaba jugando, sino haciendo una cosa muy seria, por lo que no había mentido al capitán.

Miguel se sentó en la cama, al lado de la pequeña; la miraba serio, escudriñando sus pensamientos y sus gestos.

—¿Sabes lo que puedes suceder si una pequeña llamita, por insignificante que parezca, prendiera en un barco de madera? No quiero que juegues con fuego, María —Esto lo dijo enérgicamente, deteniéndose cuidadosamente en su nombre—, y no quiero que me mientas —Esto último lo dijo bajando el tono de voz para dar a entender que era más bien una súplica que una regañina.

Estaba entre dos frentes: su propia vergüenza, y lo que estaría pensando en estos momentos de ella el capitán. Se ruborizó y justo cuando parecía que se iba a echar a llorar, reaccionó, despejó el rubor de sus mejillas y le dedicó una amplia sonrisa. Aquel gesto confundió un poco a Miguel. Se acercó a él cariñosamente y le cogió del brazo pegando la carita a su brazo fuerte.

—Le diré la verdad, capitán, pero no quiero que se enfade conmigo. Verá, es que me he enamorado de usted, aunque eso ya lo sabe. Ahora soy muy pequeña, pero cuando crezca, me gustaría que me pidiera en matrimonio, dentro de diez años o así... —Hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras en el capitán y, sintiéndose satisfecha con su reacción, volvió a bajar la mirada y continuó—. Yo comprendo que para un hombre tan apuesto como usted será muy difícil esperarme tanto tiempo, así que... he conjurado a los espíritus de mis antepasados —que no sabía quiénes eran, pero le pareció una buena idea añadirlo— para que me ayuden a enamorarlo. He realizado un hechizo para que cuando sea mayor usted siga enamorado de mí.

Miguel sonrió. Le hubiera gustado reír a carcajada limpia, pero no quería ofenderla. Estaba tan linda sentadita en la cama, abriéndole su corazón y tan avergonzada... No había duda de que aquella niña era especial, muy especial.

—Entonces, das por hecho que ya estoy enamorado de ti, ¿no? ¿Y si no fuera así?

María lo miró de reojo como si él hubiera dicho la mayor tontería que oyera en su vida, y convencida contestó:

—Vamos, capitán, todo el mundo sabe que desde la primera vez que me vio perdió completamente la cabeza por mí. Pero no se preocupe —dijo guiñándole un ojo con descaro—, que yo le correspondo.

Avergonzada por tal osadía, pero dispuesta a cometer la última y más terrible, le plantó un beso rápido y fuerte a Miguel en la mejilla y salió corriendo, huyendo de lo que pudiera suceder a continuación. Allí se quedó él, atónito, perplejo por las ocurrencias de aquella chiquilla que le daba al barco una vida diferente a la que siempre tuvo. Pero, ¿sería descarada? Como no cambiara su actitud cuando creciera...

Uno de los pasajeros que viajaba en el barco era un clérigo enviado directamente por la diócesis de Cartagena que viajaba a las Américas para evangelizar a la población indígena. Al parecer, esta vivía en estado medio salvaje y estaba íntegramente condenada al infierno.

Era un hombre delgado, serio y malhumorado. Se creía en posesión de la verdad absoluta, y eso le confería un carácter imponente que les apabullaba a todos. Pasaba sus ratos de asueto mascullando oraciones, rosario en mano, y observando la conducta de los demás pasajeros. A pesar de parecer absorto en sus rezos, su mirada escrutaba cada uno de los rincones de quienes habitaban el barco. Era perspicaz y calculador, y gracias a ello sabía en todo momento en qué situación se encontraba el alma de cada uno.

Cuando alguien se encontraba con sus ojos, bajaba presto la mirada, pues parecía que evaluara, con regia autoridad, los pensamientos de cada cual, como si los adivinara. Uno es dueño de pensar lo que le plazca, todos lo sabían, pero frente al padre Juan Bautista se creían portadores de grandes pecados y preferían rehuir su presencia.

A lo largo del viaje, a pesar de que el calor arreciaba, nunca substituyó su oscuro atuendo monacal por ropa algo más ligera. Por el contrario, el alzacuellos se mantuvo erigido siempre, nunca lo vieron desabrochado o ausente. Había quien pensaba que hasta dormía con él.

La única que no creía que el padre Juan fuera tan mezquino como los demás lo pintaban era María: su inocencia la hacía cándida a los ojos del clérigo y no la acosaba con la mirada acusadora con la que perseguía a los adultos. La niña tampoco creía que, cada vez que los labios del cura se movían —cosa que hacían casi continuamente— era para musitar sus oraciones, sino para hablar con Dios; seguramente le contaba sus cosas, sus preocupaciones o las pretensiones que alcanzaría al final del viaje. Algunas veces hasta lo imaginaba cantando en voz baja para poner contenta a la Virgen. Sabía que rezaba por cada uno de los pasajeros del barco, y eso le tranquilizaba mucho a María, quien a menudo olvidaba sus oraciones vespertinas.

Catalina se confesaba a menudo con el sacerdote. Pretendía sentirse liberada del mal que la acongojaba y creía que desprendiéndose de sus pecados lo conseguiría. Las penitencias del padre Juan eran muy duras, mas Catalina, como buena cristiana, no tenía problemas en cumplirlas a rajatabla. En cierta ocasión la hizo ayunar durante todo un día, lo que repercutió nuevamente en sus mareos.

Confesaba todos aquellos pecados que se pueden cometer tan solo de pensamiento, dado que pocas acciones pecaminosas se podían consumir en un barco por una mujer como la señora Velázquez. Se lo contaba todo: las regañinas a su hija, la inconformidad, la ira, el desprecio hacia algunos pasajeros, las mentiras piadosas... todos menos aquello que le encogía y le henchía el corazón a un tiempo.

De sobra sabía que el origen de todos sus males era la atracción feroz que sentía por el capitán, la debilidad de sus piernas ante su presencia, y el violento e intenso ardor que sentía en el pecho con solo pensar en él. Sabía que era pecado mortal imaginar situaciones libidinosas con aquel muchacho al que conocía desde hacía solo unos días, admirar su cuerpo y ansiarlo suyo, imaginárselo desnudo y estremecerse con ello. Sabía que se hundiría en el infierno si aquellas circunstancias con las que soñaba cada día se hicieran realidad por un casual.

Situación contradictoria en la que se encontraba Catalina: codiciaba la hombría del capitán, por un lado, y temía pavorosamente las consecuencias que se desprenderían de ello, por otro. Aunque peor era el infierno en el se sumía en los últimos días, consumiéndose ante un amor apasionado e imposible que solo existía en su mente y en su carnalidad.

Gustaba de contemplar el torso semidesnudo del capitán cuando este trabajaba en cubierta, sus poderosos brazos surcados de venas azuladas, sus piernas bien formadas y su trasero redondo y escaso; su mirada zarca y honesta perdida en el horizonte, su esquiva sonrisa, y su rebelde cabellera rubia anudada en la nuca.

Llevaba siempre Blum los mismos pantalones ceñidos y desgastados que marcaban cada una de las redondeces asimétricas de su musculatura. Se había dejado crecer un fino bigote que aseaba y afeitaba a diario para mantener cada vello en su lugar, y que, junto con el minúsculo triángulo de barba que poblaba su barbilla, enmarcaban de una manera especial los labios finos y perfilados del capitán.

Catalina deseaba fervientemente, de forma enfermiza y secreta, morder cada una de las porciones de piel morena del cuerpo de Miguel Blum. Imaginaba el tacto suave de su cuello entre los dientes efusivos, el sabor de su carne bajo el paladar, y su aroma intenso en las fosas nasales. Imaginaba las uñas clavadas en su espalda, su sudor recubriéndola y los espasmos de su cuerpo en el culmen. Imaginaba sintiendo el peso de toda su poderosa complexión sobre ella.

Llegados a este punto, se estremecía y el pavor por el pecado volvía a su mente. Pretendía que no fuera así y ella misma se castigaba por ello. Intentaba ocupar su tiempo en lecturas absurdas prestadas por los pasajeros, o en algunas demasiado eruditas que llevaba a su marido. También comenzó a escribir un diario en el que narraba lo que sentía día a día, pero se vio en la obligación de dejarlo, pues la escritura alimentaba su imaginación calenturienta y la ahogaba aún más en la desesperación.

Para ocupar su mente, intentó imaginar su nueva vida al lado de ese gran desconocido que era su marido. Procuró recordar cómo se enamoró de él, qué sentimientos la envolvían entonces... Pero le parecieron excusas absurdas que se ponía a sí misma por experimentar aquellas sensaciones con la mera presencia de Blum.

Nada de esto comentó al padre Juan Bautista, a pesar de que él le animase a confesar el resto, pues el buen olfato del castigador captaba una pestilente pesadumbre, cercana al pecado, en el corazón de Catalina.

Leyó la Biblia de arriba abajo y rezó hasta las oraciones más olvidadas e inservibles. Pidió a Dios fervientemente que la desenterrara de aquellas arenas movedizas en las que se encontraba anegada, pero la tristeza de la mirada de aquel joven marinero había calado hondo en su alma desde el primer día que lo conoció y no podía desprenderse de ella.

A Miguel no le pasaban inadvertidas las sensaciones de la señora Velázquez respecto a él. Había sentido su mirada lasciva por todas y cada una de las partes de su cuerpo y aunque le gustaba, en ocasiones se sentía intimidado, como un pez que se sabe observado a través de un cristal.

La consideraba la mujer más hermosa que había visto en su vida después de su madre, si bien tampoco habían sido numerosas las féminas que habían viajado a bordo de su barco. Comparada con las andrajosas y soeces prostitutas de los puertos, cualquier mujer aparentemente decente era la más bella de entre todas las criaturas.

—Esta noche está verdaderamente hermosa, Catalina —Blum se había acercado por la espalda y se mantenía a una distancia poco común entre dos desconocidos. Había hablado con voz profunda y Catalina sintió su aliento cálido en la nuca.

Aquella noche la mujer salió acalorada a cubierta. Aunque se decía a sí misma que esperaba no encontrar al capitán, cuando no lo encontró escondido en la penumbra sufrió una gran decepción. Llevaba el camisón y encima, por decencia, se atavió con una especie de batín que se ceñía provocadoramente a su cuerpo.

Los cabellos bailaban libres al son de la brisa, y sus pensamientos vagaron lentamente entre la densidad de la bruma. Agarrada a uno de los cabos, sintiendo el escalofrío del viento sobre su piel húmeda, dejaba que el tiempo pasara en aquella noche negra en la que solo se apreciaba el brillo intermitente de la luna sobre las ondas del oleaje. Sintió el impulso de saltar por la borda y sumergirse en las profundidades marinas, de dejarse llevar por las mareas sin oponer resistencia. Para ella, la soledad era el peor mal de la humanidad, y por primera vez en muchos años se percató de lo sola que había estado durante todo ese tiempo.

Acusó internamente a su marido de haberla abandonado, de haberla dejado con todos los caprichos y lujos a su alcance, sí, pero con el corazón vacío. Se convenció de cuán vil había sido al dejarla con una niña de corta edad para buscar una vida mejor de la que solo él disfrutaba.

Creó odiar a su esposo con todas sus fuerzas y le deseó la muerte. Se sentía enormemente desdichada, enamorada de otro y acudiendo a la casa de una legitimidad rancia, de un amor olvidado, junto a un hombre al que ya no amaba y que, de hecho, repudiaba. Si lo hacía, era por su hija, y por el ineludible deber de esposa y devota cristiana que le habían inculcado desde la cuna.

La súbita aparición del capitán, su cercanía y su reciente revelación la dejaron aturdida, sin saber qué hacer ni cómo actuar. Permaneció quieta durante unos instantes, sin reaccionar, notando cómo la sangre se le agolpaba en el pecho. Pero su instinto de mujer madura la hizo volverse, estrechar su cuerpo con el del capitán y besarle con ansiedad.

Miguel había estado observando a Catalina desde la oscuridad. Pensó que aquella noche estaba más hermosa que nunca, y sintió la apremiante necesidad de decirselo, sin detenerse a sopesar las consecuencias de esta acción espontánea. No buscaba lo que finalmente ocurrió. Simplemente se acercó sigiloso y un tanto envanecido por las miradas que Catalina le había estado dedicando a lo largo de todo el día, y le susurró lo que sentía en aquel momento.

La reacción de la mujer era previsible, mas él, joven e ingenuo, no la esperaba. Solo se dejó llevar por la situación.

Tan absortos estaban, ella en su beso de amor y él entre los brazos de la feminidad, que ninguno escuchó los pasos de María y la voz que se ahogó en su garganta ante la escena que se presentaba ante sus ojos. Había tenido una pesadilla horrible en la que *El Sueño*, solo tripulado por ella, su madre y el capitán Blum, se debatía en una descomunal tormenta. A lo lejos, en otro barco que navegaba en aguas tranquilas, viajaba su padre, quien observaba absorto e inmutable cómo luchaban contra los elementos. Cuando el agua terminó por engullirlos, María se despertó y corrió a cubierta en busca del cobijo de los brazos tranquilizadores de su madre.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ma...

Se le había quedado la palabra helada en la boca. Con los ojos muy abiertos, sin comprender lo que sucedía, observaba idiotizada cómo era otra persona la que se encontraba entre los brazos de su madre. Y esa persona no era otra que el capitán Blum, ¡¡su prometido!! Sintió una rabia terrible contra su madre, no sabía si porque le parecía que estaba engañando a su padre —con lo cual la figura paterna empequeñeció aún más a los ojos de la niña—, o por puros celos al ver al hombre de quien estaba enamorada besando a otra mujer. También sintió una gran desilusión hacia el capitán, a quien había hecho suyo sin ni siquiera contar con su permiso.

La ira, el enfado y la decepción empujaron las lágrimas a los ojos de la chiquilla, quien no hizo nada por impedir que afloraran. Tenía los cabellos revueltos, indomables, echados sobre la cara. La mirada le brillaba intensamente y su boquita de fresa se torcía en un dolorido mohín. Toda ella quería gritar un *por qué*, un *no entiendo*, y sin embargo allí estaba, inmutable, con las manos caídas, mirándolos y llorando.

De pronto, Miguel presintió la presencia de María, se apartó de Catalina y se giró. El camisón blanco de la pequeña destacaba su figura entre la ennegrecida madera de cubierta. Miguel pensó que aquella chiquilla era aún más hermosa que su madre, más incluso que la luna que la iluminaba. Se acercó a ella y se agachó conmovido, sintiéndose culpable por la escena que la niña había contemplado sin tener que hacerlo.

—¿Qué ocurre, María? Por favor, no llores.

María suspiraba y su llanto se hizo cada vez más violento. Miguel, en un gesto cariñoso, le acarició sus cabellos despeinados y comprobó cómo sus manos se deslizaban suavemente entre la sedosa negrura de su pelo. Le pareció una sensación placentera. La miraba con ternura y sintió deseos de abrazarla fuertemente contra su pecho. Aquella niña, tan inteligente, tan sagaz, tan llena de fortaleza y vitalidad, se mostraba ahora frágil y apenada por su culpa. Supo leer en sus ojos la tristeza que la invadía y pensó en remediarlo.

—No llores, pequeña, que me voy a poner triste yo también.

—La has besado —logró decir entre sollozos caprichosos y desamparados. Estabas besando a mi madre —y siguió llorando.

—¡Ah, es por eso! ¿Quieres que te dé un beso a ti también?

María dejó súbitamente de llorar y lo miró incrédula. Un halo de esperanza cruzó su mirada y asintió tímidamente con la cabeza. El capitán enmarcó con sus grandes manos la carita suave y blanca de la niña y la besó en la boca. Fue un beso corto pero intenso, húmedo, dulce, cargado de emotividad. Era el primero que le daban a María. Ahora los ojos le brillaban más que nunca, no por las lágrimas, sino por la emoción. Sonrió contenta.

—Gracias, capitán —dijo satisfecha mientras se marchaba somnolienta de vuelta a la cama.

El capitán se quedó tanto más perplejo que ella. Sus labios le supieron a caramelo y aún conservaba el tacto húmedo de la boquita infantil de María. Se quedó allí, inclinado, viendo cómo se alejaba su pequeña gran amiga.

Catalina había contemplado la escena, confusa. Por una parte se sentía conmovida por la dulzura con la que el capitán había tratado a su hija, que al fin y al cabo era lo más quería en el mundo, pero por otra, un tanto celosa al comprobar que entre ellos existía una complicidad que ella no podía traspasar, ni siquiera entender. Eran como dos niños que se divierten con juguetes imaginarios y que solo ellos encuentran sentido a lo que hacen.

Después de aquello, Catalina buscó a diario la virilidad de aquel joven acudiendo al camarote del capitán. Si bien Miguel no estaba muy convencido de ello, lo cierto es que aceptó las incursiones nocturnas de aquella ardiente mujer sin poner objeción.

EL MIEDO DE MARÍA

En el barco existían multitud de cosas y personas, entes e imaginaciones, que le daban miedo. Una de ellas era la gitana Rosario y su madre; otra, la crueldad implícita del tremendo señor Heliodoro. El mar en general cuando se encrespaban las olas también le asustaba y, sobre todo, la oscuridad, esa terrible aliada de los malos sueños, los temores y la maldad.

Cuando las negras tinieblas la envolvían, era consciente de cuán sola se sentía, ella y la humanidad entera. Aquel día se juntaron varios de aquellos motivos por los que María sentía pavor: escuchó el sonido ronco y agresivo de la voz del tal Heliodoro; el mar estaba inquieto, presagiando un lamentable acontecimiento; y, además, la oscuridad densa y silenciosa de la noche, que no había forma de penetrar por más que intentara abrir los ojos.

Sus pensamientos la agobiaron, la persiguieron, la acosaron hasta el punto de necesitar el abrazo protector de alguien. Descartó a su madre, con la que últimamente no se sentía ligada en absoluto, y solo pensó, hasta obsesionarse, en la grata compañía del capitán.

Después de meditar y pensar si hacía lo correcto, no pudo evitar saltar sigilosamente de la litera y deslizarse en silencio por el corredor. La madera crujía estrepitosamente bajo sus pies y las respiraciones de los dormidos le parecieron alaridos desesperados de quienes huían del cansino hartazgo de la vida cotidiana.

El pavor se apoderó de ella nuevamente y no pudo más que correr descalza hacia los aposentos del capitán. El suelo rezumaba humedad y notaba en las plantas el tacto áspero de los listones sin pulir.

La puerta estaba entreabierta, como esperando que alguien entrara de improviso, y por la rendija asomaba el titilante reflejo de la luz de una vela, tenue, débil, cálida. La curiosidad y el pudor la hicieron detener sus intenciones y observar ávidamente lo que acontecía en el interior.

El señor Blum estaba recostado en el catre, solo vestido con los pantalones, sin zapatos ni camisa, los brazos hacia arriba, las manos cruzadas detrás de la nuca y la mirada trágica y perdida.

La luz de la lánguida llama se reflejaba en su cabello, algunos de cuyos mechones caían sueltos sobre los ojos. Advirtió, por primera vez, que llevaba la piel tatuada, detalle bastante usual entre los marineros.

María siguió observando como quien contempla extasiado un cuadro de admirable belleza y se deleita con ello. ¿Sería cierto que el capitán no descansaba?

Entró sigilosa en el camarote, lo contempló y no encontró ningún atisbo de reprobación o inquietud en su mirada; solo estaba meditabundo, totalmente inmerso en aquella extraña soledad en la que habitualmente se recreaba.

—Tengo mucho miedo, capitán —se justificó María.

No hubo respuesta, le tendió los brazos invitándola a acompañarle y la niña subió a la cama y se acurrucó contra él. Se sintió abrazada, y se sumergió en el calor de los protectores brazos del muchacho. Percibió su respiración profunda, y el intenso olor de su piel, y se quedó dormida.

Miguel apenas se inmutó. Se encontraba en uno de aquellos momentos en los que el mundo se le caía encima, aplastándole el alma hasta la extenuación. En su corazón no había más que desolación, olvido, melancolía. Y justo en aquel momento, la imagen de aquella criatura angelical en el umbral de la puerta lo salvó de la dureza de seguir subsistiendo. Fue como una visión celestial que, sin saber por qué, lo llenó del consuelo que necesitaba. Ella buscaba su protección y él encontró en ella, como lo hiciera en otra ocasión, casi al principio del viaje, el alivio a la tortura de su espíritu.

EL GIGANTE HELIODORO

Una mañana, el gigante Heliodoro, como María lo denominaba, tronó por todo el barco al descubrir que alguien le había cortado un pedazo a tijera a una de sus camisas. En efecto, en la manga le faltaba un trozo de tela igual al que había utilizado Rosario para su hechizo. Cuando lo supo, María se regocijó maliciosamente por la magnitud de la equivocación de la gitana: solo alguien tan estúpido como ella podía errar tan estrepitosamente.

A nadie le gustaba aquel hombre. Heliodoro era inmenso, descomunal, tenía los ojos pequeños, juntos y hundidos, la nariz ancha y colorada y la boca grande, llena de dientes negros y separados. Cuando sonreía —cosa que no hacía muy a menudo—, en su rostro se dibujaba una extraña mueca que más que de alegría parecía de tortuoso dolor. Su aliento apeataba desde lejos.

Era fuerte pero rollizo, sus puños tenían un tamaño colosal, casi tan grandes como la cabeza de María, y sus pies parecían de plomo. Cuando andaba se sabía perfectamente dónde se encontraba porque sus pasos retumbaban en toda la cubierta. Caminaba pesadamente haciendo crujir estruendosamente la madera a su paso.

No lograba llevarse bien con nadie porque había demostrado ser ruin y miserable, malhumorado y poco sociable. Pertenecía a la escoria de una sociedad decadente en la que reinaban bandidos, ladrones y gentes de mal vivir. Como tantos otros, buscaba una nueva vida al otro lado del mundo, alejándose de la repugnancia que le causaba su propio ser, sin darse cuenta de que con él se llevaba aquella personalidad ignominiosa causante de su particular desgracia. Al igual que cuando alguien corre e intenta huir y alejarse de los problemas y los miedos que le persiguen, Heliodoro cargaba en su mente, como si fuera un pesado fardo, todo aquello que le había rodeado a lo largo de su existencia.

El gigante soportaba un pesado lastre que le acompañaría allá donde fuera. Esa era su condena, ser él mismo para siempre. A veces las personas cambian, pero nunca lo hacen del todo; simplemente entierran a medio suelo una parte de su personalidad que les desagrada y luchan diariamente por mantenerla sepultada, y aunque hay quien lo consigue, en la mayoría de los casos, la criatura desterrada se exhuma a sí misma y brota con más fuerza. El gigante Heliodoro no lo conseguiría jamás; nació con las entrañas pútridas y con ellas infectaría la cubierta de aquel hermoso barco.

Últimamente andaba persiguiendo a Rosario allá donde fuera, acosándola con sus miradas impertinentes y lascivas. Aprovechaba cualquier ocasión para acercarse a ella y rozarla con cualquier parte de su cuerpo. Solo él era consciente de que aquel sentimiento no era solo un deseo febril y perturbado. Lo que realmente sentía era un amor enfermizo, agónico y desesperado que surgió repentinamente, cuando una mañana descubrió la rabiosa hermosura de Rosario y la obnubilación que le producía su mera presencia.

Su infecciosa obsesión se apoderó de su mente hasta el punto de no comer, no dormir, apenas respirar y caer en una apática y desalentadora desgana que lo postraron día y noche en el suelo de su camarote —pues como su descomunal volumen no cabía en el catre, fue sobre el suelo donde construyó su jergón—. Los suspiros, que se le escapaban como a una princesa enamorada, aliviaban aunque solo fuera momentáneamente su anhelo.

Pero un atardecer en el que escuchaba los cantos de la adolescente, confundió amor con deseo. La pasión le arrebató los últimos resquicios de cordura que le quedaban y, demenciado, urdió el malévol plan que creía le otorgaría de nuevo el consuelo.

Estaban los pasajeros en su primer sueño cuando de pronto, en el pasillo, la joven gitana se vio asaltada por la tremenda corpulencia de Heliodoro, que la inmovilizó con sus enormes manos, la baboseó, la palpó lujurioso y la despojó de sus ropas, dejándola semidesnuda sobre las maderas. Ella sentía el hedor de su aliento, su agitada respiración, la viscosidad de sus labios de sapo y la fortaleza ansiosa de sus manoseos impertinentes.

Si no es fácil forzar a cualquier mujer, menos aún mancillar a Rosario, gitana, bruja y mujer en toda regla. Forcejeó con todas sus fuerzas y bramó hasta dejarse la garganta. Sus ensordecedores gritos no tardaron en despertar a los recién dormidos, aturdiéndolos. El capitán, que no dormía, fue el primero en llegar al lugar del acontecimiento, y entendiendo las intenciones de Heliodoro, lo asaltó sin vacilar obligándole a dejar libre a la maltrecha muchacha.

Los puños volaron y los peores golpes fueron para Miguel, que fue aporreado con dureza. Ya habían llegado todos al pasillo, y observaban impasibles y temerosos la situación. Sin embargo, la lucha no duró demasiado. Justo cuando el capitán recibió el contundente golpe que le dejó sin sentido en el suelo, a Heliodoro se le tornó el semblante. Algunos creyeron que reía por la victoria, pues su rostro se contrajo y dejó asomar la hilera de dientes amarillentos. Pero cuando se llevó las manos al pecho, las observó, perplejo, teñidas de la sangre que brotaba lenta y abundante entre su camisa, su propia sangre. Miró fijamente a Rosario y un amplio abanico de sensaciones se dibujaron en su rostro: primero fue asombro y confusión, luego, al entender lo sucedido, miedo y terror, y al aceptarlo, fue tristeza. Se despidió con un “¿por qué?” grabado en sus ojos y ya Rosario no pudo leer nada más en ellos: se apagaron.

El cuerpo inerte del gigante Heliodoro cayó sobre el suelo del pasillo con un gran estruendo, dejando una viscosa mancha de sangre tibia que manaba a borbotones y se expandía entre los pies de los atónitos espectadores.

Aún mantenía Rosario en su mano el cuchillo levantado, apretándolo con fuerza, dispuesta a asestar otra puñalada contra la carne flácida de su acosador. La rabia y la violencia refulgían en su mirada, apretaba los dientes y aún los mostraba a la mole que yacía inmóvil y caliente. María la comparó con una pantera asustada y agresiva al verla semidesnuda en la penumbra, con su piel oscura, sus dientes blancos y la mirada felina, mezcla de odio, miedo y victoria.

La incisión fue certera, directa al corazón que ella misma embrujó con su absurda brujería de hechicera inexperta. Dejó caer el cuchillo y con desprecio escupió sobre el cadáver de Heliodoro. Solo entonces reaccionaron los demás. Catalina corrió a socorrer al señor Blum. La última embestida del gigante le hizo golpearse violentamente contra el marco de la ventana y yacía tumbado en el suelo sobre el charco de una mezcla de sangre suya y del violador.

No reaccionaba, así que entre varios hombres lo llevaron a su camarote y lo tumbaron en su cama. Entre Lola y Catalina le limpiaron la brecha hasta que lograron que dejara de sangrar. Le curaron las heridas y cardenales que tenía diseminados por todo el cuerpo y esperaron pacientemente su despertar.

Nadie volvió a dormir aquella noche, velando no al muerto, sino al capitán.

Cuando finalmente Miguel abrió los ojos, se encontró con el rostro preocupado de Catalina, a quien por un momento confundió con su madre, y sonrió. Estaba aturcido y no sabía quién era, ni dónde se encontraba, ni lo que había sucedido. Volvió a recaer llevando consigo la dulzura de saberse acompañado en su descanso.

A la mañana siguiente, cuando despertó de nuevo, el sol se colaba débilmente por el ojo de buey, y vio a Catalina dormida reposando a la cabeza sobre su cama. Comprendió que la presencia que había sentido durante su delirio no era la de su madre, sino la de aquella mujer que, con gran amor y devoción, le había cuidado toda la noche.

Un dolor intenso le martilleaba la cabeza y no lograba comprender cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Solo recordaba el último golpe, por lo que de Heliodoro y de la suerte que había corrido no sabía nada.

EL FINAL DEL VIAJE

Los días transcurrían lentos y aburridos sobre las aguas. Después de arrojar al mar el cuerpo sin vida de Heliodoro y rezar unas cuantas oraciones en cubierta, no se volvió a mencionar nada de lo ocurrido. Fue como una digresión en la mente de todos los que lo presenciaron. Cuando suceden este tipo de cosas, se intentan olvidar rápidamente; la memoria tiende a retener solo lo bueno, y procura recordar el pasado como un tiempo mejor al que siempre deseamos volver.

El tiempo en los barcos no se siente como en tierra. Es mucho más distendido, sosegado, como un ente perezoso que se niega a hacer el trabajo que le han encomendado. Es por eso por lo que se dice que los hombres de mar han morado más de una vida, porque en sus manos y en sus caras solo se refleja el paso de los elementos —los vientos fríos, el sol abrasador y la sal sobre la piel—, no el del tiempo. Envejecen antes, pero su memoria se mantiene intacta hasta el fin de los días. Son longevos y lúcidos, y si no mueren en el mar, se torturan por su senectud en tierra firme.

No volvió a acontecer nada en particular hasta el final de la travesía. Cuando la voz del marinero se oyó límpida sobre la densa atmósfera del trópico —«¡Tierra a la vista!»—, una amalgama de sentimientos surcaron los corazones de los pasajeros. El primero fue una inmensa alegría, semejante al consuelo. Hubo quien levantó los ojos al cielo dando gracias por la llegada a buen puerto. Pero le secundó algo parecido a la melancolía. Quien más y quien menos se había adaptado al vaivén rítmico del oleaje y, siguiendo su compás, había entablado amistad con otros pasajeros o miembros de la tripulación. La despedida era, en cualquier caso, dolorosa, pues lo más probable es que no volvieran a verse jamás.

Catalina no pudo contener el llanto, se le hundió el pecho como si le dieran un mazazo. Su sueño había terminado y daba comienzo una etapa a la que hubiera renunciado gustosa de no haber sido por su hija. Hubiera deseado quedarse para siempre en el barco, como en su día hizo la madre de Miguel, pero la situación era completamente diferente. Aunque ella hubiera dado todo su ser por el capitán, este no la amaba. Afortunadamente no se había cegado tanto como para no ver aquella obviedad, aunque sí para comprender otras muchas cosas.

La despedida fue muy amarga. Aspiró ansiosamente la fragancia del señor Blum por última vez, para que su recuerdo perdurase eternamente en su memoria. Pero fue al bajar por la rampa y sentir la firmeza de una tierra extraña bajo sus pies cuando se le desgarró por completo el corazón. Sabía que era un adiós definitivo, que se separaría para siempre de su joven capitán, que partía hacia un futuro obligado en el que ya nunca volvería a estar presente la persona que más le importaba en aquellos momentos. Catalina comenzó a morir en vida.

María, en cambio, no sintió que fuera una despedida en absoluto. Más que un «hasta siempre», le dedicó al capitán un «hasta pronto». En su fuero interno sabía que volvería a ver al señor Blum, y que él la esperaría. Solo tenía que crecer un poco, y eso no le iba a costar mucho. Su mente había experimentado un extraño cambio a lo largo de aquel viaje y había dado el primer paso para entrar en la madurez.

Segunda parte

La gran Lola llevaba unos días siguiendo de cerca a Miguel. Lo observaba sin que él se percatara. La preocupación comenzó a hacer mella en el rostro de la mujer. El chico estaba sufriendo una recaída, estaba triste. Bueno, no es que aquello fuese una novedad, pero era esta una tristeza palpable, descaradamente visible.

«Este maldito muchacho va a terminar mal —se decía—. ¡Maldita la herencia que le dejó la debilucha de su madre! Miserable pájara...».

Miguel se mostraba esquivo, taciturno, decaído. No se había hecho cargo de la limpieza de la goleta, ni de reponer víveres, ni de preparar el próximo viaje. Desde que el barco arribara a puerto, no hacía más que frecuentar las tabernas oscuras y malolientes de esa tierra de paganos y malhechores, donde la cerveza y un sinfín de licores desconocidos embotaban la lucidez de los pobres desgraciados, que eran muchos. ¡Y qué decir de las rameras! De todas las edades y colores, aprovechaban la oportunidad que les brindaba el mimetismo de la noche para vaciar las bolsas de aquellos infelices dejados de la mano de Dios, menesterosos de carne fresca, de compañía y de una mínima porción de cariño.

¡Si lo sabía ella! En el fondo todos los hombres son iguales: confunden deseo con necesidad y cuando obtienen lo que realmente quieren, lo desechan como si fuera un montón de despojos, sucios perros sin alma. Pero su Miguel no era así. Él tenía un corazón bondadoso y tan grande que no le cabía en el pecho. «¡Pobre muchacho! ¿Se habrá enamorado de verdad de esa mujer casada? ¡Pero si no valía ‘na’, si casi podía ser su madre! Otra bruja adúltera sin escrúpulos que aprovecha cualquier momento para ponerle los cuernos a su marido con el primero que se planta delante. Con un indefenso muchacho. Claro que Miguelito se nos ha puesto tan guapo, y tan galante... ¿A cuántos se follaría allá en España mientras su marido estaba en la otra parte del océano? ¡Si es que el mundo está lleno de inmundicia! Y ahora va el crío y pierde la cabeza por ella. Será tonto... Si no fuera porque ya es mayorcito, le daría un capón que le haría saltar hasta el pescuezo. Eso es lo que hubiera hecho su mismísimo padre... otro que tal bailaba. Ah, ¿por qué tendré yo que preocuparme con estas cosas? ¿quién me mandará a mí meterme en lo que no me importa? Lola, olvídate del zagal, que ya es un hombretón, que haga su vida y aprenda de los problemas; pronto se dará cuenta de que esa mujer no merecía la pena, se olvidará de ella y todo volverá a la normalidad. Pero el pobre, está tan... tan desolado. ¿Y si hablara con él? Igual lo único que necesita es que alguien le escuche, y yo de amores y desamores sé un rato».

Se arremangó la blusa hasta los mismísimos sobacos y, mojando el cepillo en el cubo, se dispuso a fregar el suelo del pasillo, donde aún quedaban rastros de sangre seca del desdichado Heliodoro entre las juntas de la madera. Estaba decidida a conversar con Miguel, pero por el momento apartó aquellos pensamientos de su cabeza y continuó con el trabajo.

Aquella noche Miguel llegó tan borracho que cayó redondo en la cubierta y durmió sobre un charco de su propio vómito, como venía siendo habitual desde hacía varias noches. Lola lo esperó hasta muy tarde, pero la jornada había sido ardua y ella también cayó rendida.

Al día siguiente dormía su resaca, con la boca pastosa, muerto de sed y con las ideas confundidas, hasta que el sol volvía a ponerse. Entonces se tiraba por la borda, como un fardo de arena, y se remojaba en la quietud de las aguas del puerto. Cuando parecía que la mente se le había despejado un poco, sin mediar palabra se vestía y tomaba rumbo a las tabernas.

Así pasaron varios días en los que la tripulación empezaba a murmurar sobre su capitán y su nuevo carácter.

—Eso es el golpe en la cabeza —decía Tim el Rojo—. ¡Si lo sabré yo! Una vez, en Cartagena, le dieron una tunda de palos a un hombre en la cabeza y desde entonces no sabía ni quién era, ni dónde vivía, ni ‘na’ de ‘na’. Una pena. Eso es precisamente lo que le ha pasa’o al capitán, y no os creáis que se va a poner bueno, ¡qué va! Eso va a peor, hasta que no se acuerde ni de su padre.

—¡Qué va ser eso, hombre! Deja que el muchacho se jalee un poco, que ya le iba haciendo falta —replicó Lola—. Verás como dentro de unos días, se pone igual que antes y volvemos a partir pa’ nuestra tierra, siempre tirando a lo peor.

Cuando Miguel llegaba a la zona de las tabernas, el bullicio y las luces le parecían reconfortarle un poco. Allí había hombres como él, solos, que buscaban un poco de compañía y alivio a su desamparo. Ahogaban sus penas en alcohol, y las volatilizaban fumando aquellas hierbas exóticas que les hacían viajar a mundos extraños sin moverse del sitio. Allí intentaba forzar al olvido, deshacerse del nuevo mal que le exprimía el corazón. Allí intentaba borrar de su mente las alegrías vividas junto a María en la reciente travesía.

Una noche en la que aún no había comenzado a sumergirse en el feliz embotamiento —a pesar de que el alcohol corría ya por sus venas en más proporción que su sangre, y de que su pipa rebosaba de hierbas—, en la que aún el mundo no giraba su alrededor, escuchó una conversación ajena que le llamó la atención.

Un comerciante inglés hablaba con marcado acento con alguna autoridad civil del puerto, como dedujo Miguel más tarde de sus palabras. Se refería a una partida de esclavos procedentes de una tribu indígena de una de las islas, que partiría dentro de dos días rumbo a la Gran Bretaña.

—Yo que tú no los dejaría escapar —comentaba el inglés—. Son fuertes y macizos como bestias; para reducirlos se han necesitado a más de cien hombres de la armada. Y las mujeres se mueven como sierpes.

—No quiero esclavos traicioneros en mi propia casa. Cuando duermes, te sacan el corazón con sus propias manos y se lo comen mientras aún te retuerces para que puedas verlo. No es la primera vez que pasa. Llévate a esos demonios a tus tierras, nos harás un favor alejándolos de aquí.

—Quédate al menos con un par; te los dejo baratos.

—¡Que no! —contestó el español elevando la voz—. No quiero a toda una tribu enfurecida sobre mis gentes. Prefiero esclavos mansos, aunque no sean tan fuertes como para estrangularte con una sola mano.

—¿Sabes a lo que se dedicaban en su isla?

—Ni me interesa.

—Seguro que sí, escucha... —El mercader hizo un silencio para aumentar la expectación de su interlocutor—. ¡A las perlas! Sacan miles de ellas del fondo del mar.

—Mmm..., ¿perlas, dices?

—¿Sabes lo que vale una perla en Europa?

—Lo sé perfectamente, no me tomes por idiota.

—Esos animales son capaces de bucear hasta más de un cuarto de milla de profundidad, y aguantan la respiración de seis hombres debajo del agua. Se han pasado la vida sumergidos en la bahía buscando perlas. Dime si valen ahora o no. Aunque los tuvieras en una jaula te merecería la pena alimentarlos.

—¿Un cuarto de milla dices?, ¡eso es una barbaridad!

—¡Lo he visto con mis propios ojos! Se sumergen, buscan la ostra y allí mismo, bajo el agua, la abren y salen a flote con una perla blanca y reluciente entre sus manos.

—Mmmm, ¿a cuánto dices que me los vendes?

Miguel aguzó el oído. Aquello le interesaba, y no por las perlas precisamente. Cuando los hombres se hubieron ido, siguió dándole vueltas a lo que había escuchado.

Recordó con melancolía las últimas palabras de María al despedirse —«Señor Blum, no olvide su tesoro»—; después se alejó dando pequeños saltitos. ¿Cómo olvidar aquel momento en el que su vida volvía a quedar vacía de nuevo? Sintió el impulso de pedir otro vaso de licor, pero se abstuvo. Debería hacer caso a la niña.

Su tesoro no había dejado de ser una quimera desde que tomó el mando del barco. Y justo cuando tenía la libertad y los medios necesarios para ir en su búsqueda, los ánimos se le tornaron desfavorables y se desanimó. Por muy cerca que estuviera de él jamás, podría recuperarlo. Tampoco consideraba justo embaucar a su tripulación en una empresa que había empezado a considerar remota e ilusoria... hasta ese preciso momento.

Aquella noche, aunque apestando a sudor alcoholizado y a humo de taberna, volvió sobrio a su camarote y empezó a revolver papeles, buscando con ansiedad los legajos de su tesoro.

Lola llamó temerosa a su puerta y asomó la cabeza por el quicio.

—¿Se puede? —preguntó.

Miguel asintió.

Lola se lo encontró sentado en el catre, cabizbajo, con la mirada perdida en un papel; seguramente otra de sus pinturas. Representaba el cuerpo perfecto de una mujer joven en una postura un tanto estática y pétrea. A Lola le sorprendió que fuera capaz de sostenerse en pie, que por una noche no estuviera completamente borracho y, más aún, que el halo de melancolía que lo envolvía habitualmente lo hubiese abandonado. Lo sintió vibrar.

En un exceso de familiaridad que a Miguel no le resultó nada extraño, pero que a Lola le supuso un gran esfuerzo, se sentó junto a él en la cama. Cuando era pequeño, después de la muerte de su madre, solía hacerlo a menudo. Trataba de hablar con él sin mucho éxito para consolar su tormento infantil. Pero desde que comenzó a salirle barba abandonó todos sus intentos por acercarse al muchacho.

—No puedo evitar preocuparme por su comportamiento de los últimos días, capitán —se aventuró a empezar de la forma más sincera posible—. Lo mismo que el resto de la tripulación. Piensan que nos va a abandonar, o que se ha olvidado de todo. Pero yo sé lo que le pasa en realidad —esperó alguna respuesta, pero el muchacho siguió cabizbajo, sumido en sus pensamientos—. Es por esa mujer, ¿verdad? Le ha roto el corazón.

Miguel no pudo evitar sorprenderse ante tal atrevimiento. No sabía que Lola estuviera al tanto de sus escauceos nocturnos; aunque claro, si ella supiera cuántas veces la espío él mientras andaba revolcándose con su padre... En cualquier caso, se equivocaba cabo a rabo. Su estado de ánimo no estaba ligado en absoluto a Catalina. Y ahora que lo pensaba, ¡qué cruel había sido! Ni siquiera se había acordado de ella desde que se marchara. Levantó sin querer, lentamente, la vista hacia el cuadro que había colgado unos días atrás en la pared y dejó escapar un leve suspiro, apenas perceptible.

Lola siguió la mirada del muchacho y... ¡vaya! Por un instante se le atragantaron las palabras en la garganta. Aquella era una situación completamente diferente a la que había estado imaginando. Le pasó un brazo por el hombro y lo acercó hacia sí.

—Era la alegría del barco. Todos la vamos a echar mucho de menos —dijo con sinceridad.

Cuando el joven la miró, Lola creyó por un momento que los ojos se le aguaban, pero Miguel supo retener las lágrimas.

—Lola —dijo, y después de una pausa continuó—, la añoro de veras. Jamás pensé que esa chiquilla me había calado tanto. Cuando estaba con ella era como si no hiciera falta más gente a mi alrededor, como si solo la necesitase a ella, como si el tiempo se detuviera. Cuando me miraba con esos ojos negros, me daba la sensación de que podía leer mis pensamientos. Ha logrado hacer que me sienta de otra manera. Tienes razón, era la alegría del barco.

—Pero es solo una cría, Miguel —desde que ascendió a capitán no lo había llamado por su nombre, pero le salió solo.

—Sí, lo sé, es solo una niña, pero es tan especial... Tú lo has dicho, durante este viaje ha sido la alegría del barco. Pero también ha sido mucho más: ha conseguido ser la alegría de mi vida —Miguel vio en el rostro de Lola cierta perplejidad—. La echo de menos, la quiero mucho. Pero no de esa manera Lola, no como un hombre quiere a una mujer. La quiero como un hombre quiere a un amigo. Ha sido mi pequeña amiga y ahora se ha ido, la he perdido para siempre.

—Nunca digas para siempre, muchacho, porque eso solo queda en manos de Dios y ¿quién sabe lo que se le pasa por la cabeza al gran Embaucador?

—Las posibilidades de volver a verla son tan remotas... casi inexistentes. Ni siquiera sé adónde se ha dirigido.

—Tampoco sería muy conveniente ir a visitarla... Por su madre, digo —y aquí sabía que se estaba excediendo con la confianza, pero, ¡qué carajo!, le había limpiado el culo cuando era un mocoso—. Quizá cuando pase algún tiempo... la próxima vez que volvamos. Venga, no creo que sea muy difícil averiguar dónde vive.

—Sí, tienes razón. No es raro que vuelva a verla si vive por aquí cerca. En nuestro próximo viaje le traeré un gran regalo a la pequeña María.

—Cuando volvamos a verla, quizás ya no sea tan pequeña, ja, ja, ja, ja —rió estrepitosamente—. Igual empiezas a quererla como a una mujer, ja, ja, ja, ja —Y, viendo que él por fin también sonreía, se levantó y se dispuso a marcharse.

—¡Lola! —la detuvo Miguel cuando abría la puerta—. ¿Te gustaría encontrar un tesoro?

—JA, JA, JA, JA. ¡Pues claro que me gustaría encontrar un tesoro!, ¿y a quién no? ¡Pero a ver dónde lo buscamos! —Y se alejó riendo a carcajadas.

—Pues yo sé dónde buscarlo —se dijo Miguel a sí mismo—, y voy a ir a por él.

Sintió el ánimo renovado y la energía del entusiasmo comenzó a brotar en sus venas.

Volvió a mirar el retrato que le hizo a María durante el viaje. Era realmente preciosa. Pensó que su dibujo no le hacía justicia en absoluto, pero le recordaba a ella.

Lo tuvo colgado allí durante muchos, muchos años.

En una de aquellas temporadas que a su padre le gustaba pasar en San Juan de las Águilas, Miguel presencié un acontecimiento que cambiaría su vida para siempre.

Se hablaba en el pueblo de un barco mercantil estaba atracado en el puerto —cosa que no era muy habitual, puesto que normalmente los grandes barcos se dirigían directamente a Cartagena y solo los pesqueros aguileños navegaban por sus aguas—. Se comentaba que cargaba un gran tesoro procedente de las colonias, parte de oro y parte de piedras preciosas. Nadie lo había visto, pero todos hablaban de ello. Decían también que huía de la armada de la Corona española, que aquellos tesoros eran tributo de los reyes, pero que los marineros se amotinaron, degollaron al capitán y ahora se fugaban hacia América con el botín. Y esa era la razón de que en vez de atracar en Cartagena a recargar las bodegas, lo hicieran en un puerto mucho más pequeño: para pasar desapercibidos.

Miguel, en cambio, no se lo creía. ¡Eso era imposible! No eran más que cuentos de viejos marineros de aldea y habladurías de murmuradoras. La gente inventaba cosas así para animar un poco el lento y sosegado pasar de los días. Sin embargo, no pudo evitar acercarse a husmear igual que el resto. Por aquel entonces, *El Sueño* acababa de atracar de vuelta del norte de África donde sus gentes trabajaban la piel de camello de forma excelente, y se había provisto de unas botas altas de este género, a media pierna, que llamaban la atención allá donde fuese.

Mientras echaba un vistazo al gran barco, se le acercó un marinero robusto, tatuado de pies a cabeza con símbolos extraños y palabras en un idioma extranjero. Su acento era marcado, insólito y gutural. No tenía pelo; al principio pensó que se había rasurado la cabeza, pero al observarlo detenidamente, advirtió que no había rastro de vello por ninguna parte, incluidas cejas y pestañas, pecho, piernas, brazos y barba. Su aspecto era feroz, y su mirada obscena y rabiosa, profunda. Llevaba poca ropa y dejaba entrever su musculatura entre el chaleco.

—¿Qué quieres, muchacho? ¿Se te ha perdido algo por aquí?

Miguel era ya un adolescente de dieciséis años al que nada le apabullaba, y si así era, intentaba disimularlo.

—Nada que tú puedas encontrar —y mirando al barco, dijo—: Bonito barco, ¿es tuyo?

—Es del capitán, pero no queremos intrusos, ¡deja de husmear y lárgate de aquí!

Miguel dio un puntapié a una de las maderas del casco de estribor. Lo hizo conscientemente. En el fondo, se moría de ganas de pavonearse ante aquel individuo, quería que viera sus botas. Él también era una persona importante, todo un marinero.

Cuando se disponía a alejarse, el hombre lo detuvo.

—Ey, muchacho, ¿de dónde has sacado esas botas? Por aquí no se ven pieles así, ¿las has robado?

—Mmmm, no, las he conseguido con mi trabajo, ¿acaso has robado tú este barco?

—¡No! ¡Qué voy a robar y o nada! ¡Aquí nadie ha robado nada! —contestó molesto y nervioso.

—Entonces —continuó Miguel—, ¿te gustan mis botas?

—Véndemelas, ¿sí?, véndemelas, ¿cuánto pides por ellas?

—Ufff, son de piel de camello, no creo que pudieras comprarlas.

—¿Qué sabes tú si puedo comprarlas o no?

—Ni con todo lo que llevas en ese barco podrías comprar mis botas de piel de camello. Son únicas.

—Mira, niño, con lo que hay en ese barco puedo comprar botas de piel de camello para todos los habitantes de este maldito pueblo. ¡Como si son de piel de ballena! —se enfureció.

—Eso no te lo crees ni tú. Ya me gustaría a mí ver toda esa cantidad de dinero —dijo Miguel en tono de guasa—. Seguro que no tenéis ni para comer.

Antes de que se diera cuenta, aquel hombre lo enganchó del pescuezo en un movimiento rápido y lo arrastró por todo el muelle hasta la escotilla del barco, zarandeándolo y mascullando por lo bajo —«Ni para comer, ni para comer... Te vas a quedar muerto, mequetrefe»—.

Entraron en las bodegas del gran buque y el marinero lo arrojó violentamente al suelo. Cuando a Miguel se le acostumbraron los ojos a la penumbra, descubrió lo que no hubiera podido siquiera imaginar. ¡Toda la bodega del barco era una exposición de montones de oro y piedras preciosas que brillaban en la oscuridad! Al levantarse, pudo coger una de ellas y guardarla en el bolsillo sin que el gigante se percatara.

—¿Qué? ¿Puedo o no puedo pagar esas botas?

Miguel se había quedado mudo. ¡Ni en sueños había visto jamás una maravilla como aquella! Y entonces, sintió algo que nunca hasta entonces había experimentado: sintió codicia. Anheló ese tesoro como si fuera suyo, y se sintió un hombre avaricioso. Esto duró poco, pues su mirada se prendó de un tesoro en particular: una estatua del tamaño de un niño que sobresalía entre las monedas y que ansió para sí con todas sus fuerzas. La figura representaba a una mujer, extremadamente delgada y esbelta, cuyos cabellos caían libremente hasta la cintura. Estaba minuciosamente tallada en un material tan blanco como las nubes.

—JA, JA, JA, JA —rió el bandido. A esas alturas, Miguel ya creía a pies juntillas todo lo que había oído en el pueblo—. Te gusta la estatuilla, ¿eh? —la agarró del brazo con fuerza, sin ninguna delicadeza, y se la mostró al muchacho—. Es de marfil. La tallaron de una sola pieza en el colmillo de un elefante más grande que este barco. Una verdadera joya. Vale más que todo lo que hay aquí reunido. Es la diosa de la felicidad, se dice que quien la posee no vuelve a tener una pena en su vida. Bueno, ¿qué? ¿Quieres cambiármela por tus botas?

Incrédulo, Miguel se descalzó, incapaz de hablar y de apartar sus ojos de aquella belleza inerte. La cogió cuidadosamente entre sus manos y la acarició con delicadeza, como si de una verdadera mujer se tratara. Aún no se lo podía creer. Pero cuando el ladrón se hubo calzado las botas —no sin esfuerzo y seguro que con los dedos de los pies encogidos en su interior—, le arrebató bruscamente la figura de las manos. Cuál fue al asombro de Miguel al sentir en su cuello el frío acero de un cuchillo de gran tamaño. Sopesó sus posibilidades y, valorando más su propia vida que cualquier tesoro del mundo, se deshizo de su opresor y huyó tan rápido como pudo, descalzo, hacia la escotilla del barco.

Hubo quien lo vio salir corriendo como alma que lleva el diablo, y a la noche ya sabía todo el pueblo que el hijo de Alejandro Blum había estado en el interior del barco del tesoro. Le preguntaron, por supuesto, qué había visto, si había bajado a las bodegas.

—No hay más que ratas y baúles llenos de comida casi podrida. Solo son un atajo de marineros que no saben dónde caerse muertos —mintió con descaro.

Al día siguiente, como no podía apartar de su mente lo ocurrido —y menos aún aquella magnífica estatua de rasgos delicados y orientales—, intentó hacer un esfuerzo de memoria y plasmar la figura con un carboncillo. Una diosa, también podía ser la diosa de la fortuna, si se veía rodeada de tantas joyas.

El maldito amotinado le había quitado sus botas de camello, pero a cambio le había mostrado el ser inerte más bello que había visto en su corta existencia, y aún conservaba la piedra preciosa que había cogido sin que el tipo se diera cuenta. La sacó de su bolsillo, y descubrió una hermosa esmeralda de tamaño considerable que pagaría con creces sus botas de piel de camello, y todas las que usara hasta que se muriera. Decidió guardarla para tiempos mejores; entonces compraría con ella su propio barco, haría dinero y buscaría aquella estatua que le había cegado la cordura.

En sus ratos de asueto en Águilas, que no eran pocos, la tierra le quemaba los pies. Había nacido y crecido en el mar, y la serenidad del suelo firme le hacía sentirse intranquilo. Le gustaba verse rodeado de agua. Al amanecer solía coger una pequeña barca y remaba un par de horas hasta la isla de los Frailes. Subía más allá del monasterio abandonado y escalaba por el pico que coronaba el islote, y allí se sentaba hasta que el sol estaba alto y le quemaba la piel. No hacía nada, solo reflexionaba y observaba.

Sentía cómo se estaban transformando su cuerpo y su mente. Estaba creciendo, y un sinfín de dudas lo envolvían. Meditaba sobre la enormidad del mar, del mundo en general, y sobre lo minúsculo e insignificante que era ante la infinitud del océano. No se preguntaba lo que había más allá del horizonte, como lo hiciera su padre a su misma edad, porque ya lo sabía, ya había estado allí. Había rebasado cientos de veces las líneas de multitud de horizontes.

Pero ese día había subido al pico por otra razón. Aquel amanecer no pensó en lo diminuta que era la existencia humana, ni en el horizonte, solo le preocupaba una cosa: ver partir el gran barco del tesoro. No había otra ruta posible: si se dirigía al estrecho, tenía que pasar por allí.

No hubo de esperar demasiado para ver surgir las velas de los tres mástiles entre el pico de la Aguilica, una cima del cabo que, por su forma caprichosa en forma de pico de águila, le había dado el nombre a la aldea. Huía a toda velocidad, con las velas henchidas por el viento, y se dirigía directamente hacia los peñascos sumergidos del laberinto. A Miguel le extrañó, ¡aquello era un suicidio!

La costa aguileña era volcánica. Se decía que había volcanes bajo el mar que en tiempos remotos habían entrado en erupción, pero que ya yacían inactivos. Fruto de una de esas erupciones se conservaba, cerca del cabo, un montículo rocoso bajo el mar, que entrañaba gran peligro para los barcos que no lo conocían. Para evitar los naufragios, los marineros aguileños habían colocado en él una gran bandera advirtiendo del peligro.

Miguel sacó el catalejo y observó. ¡No estaba! ¡La bandera no estaba! El viento se la había llevado, ¡y el barco se dirigía directamente hacia allí! Rápidamente se quitó la camisa y comenzó a agitarla en lo alto para llamar su atención pero, por más que intentó que lo vieran, Miguel no era más que un punto minúsculo en la costa. Tan solo podía esperar a que la diosa de la fortuna que viajaba con ellos les guiara hacia un rumbo diferente. Pero no fue así. Con ojos pasmados, el muchacho observó cómo la proa se deshacía en un violento choque y el agua comenzaba a entrar en el casco, y cómo los mástiles se quebraron y las velas cayeron lentas hacia la superficie del mar.

Se hundió. Su tesoro se perdía para siempre en el fondo del océano, justo delante de sus narices, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Siguió observando para ver si los marineros salían a flote, pero no vio nada. Ninguno quiso dejar el oro, todos prefirieron morir junto a él a llevar de nuevo una vida cargada de miserias.

Miró en derredor, repasando toda la costa, pero no avistó ningún otro barco, no pudo encontrar la más mínima presencia. Solo él había presenciado el hundimiento, solo él sabía dónde se encontraba ahora el tesoro robado del rey.

Ese sería su secreto para siempre. Y solo se lo contó a una persona, algunos años después: a la pequeña María.

Después de todo, era él el que se mostraba escéptico, incluso en el momento en el que más ilusionado se encontraba para ir en busca del barco hundido.

Habló con el mercader de esclavos, un hombre enjuto y codicioso y de mirada sibilina cuyos dedos se movían incesantemente como patas de araña mientras escuchaba. Apestaba no solo a ron, sino que se conjugaban en su persona un elenco de nauseabundos olores, mezcla de sudor, pescado, alcohol y halitosis, los cuales pretendía enmascarar con alguna esencia especiada que lo empeoraba aún más. Parecía muy dispuesto a vender el máximo género posible antes de partir.

Miguel le indicó que prefería verlos a solas y hablar con ellos antes de cerrar el trato.

—No entienden a razones, señor. Son esclavos, ¡salvajes! No hablan español.

—Eso lo veremos —contestó Miguel.

Una vez en las bodegas del gran navío, no pudo más que escandalizarse por el estado en el que se encontraban los prisioneros, y en el que deberían permanecer durante toda la travesía. La humedad y el calor pegajoso se adherían a la piel y hacía brotar el sudor por todos sus poros. Hacinados como animales, en condiciones infrahumanas, observaban con ojos de miedo todo cuanto acontecía. Tenían rasgos rectos y tostados, eran fornidos pero de baja estatura, con largas cabelleras de vastos hilos negros.

Todos lo observaban, todos lo juzgaban bajo serios semblantes inexpresivos de narices grandes. Resoplaban. Miguel comenzó a hablarles.

—¿Alguien de ustedes quiere recobrar la libertad? —No obtuvo respuesta, así que repitió la pregunta alzando más la voz—. ¿Quién quiere volver a ser libre? —Silencio.

Por un momento pensó que efectivamente los nativos no entendían su idioma. Los observó y se percató de que en sus miradas resplandecía un atisbo de expectación. Lo comprendían perfectamente.

—Vengo a proponerles un negocio, por desgracia solo necesito a tres hombres —Esperó, pero no se produjo ninguna reacción—. Soy conocedor de dónde hay un galeón español hundido con un cargamento bastante interesante: sus bodegas están repletas de oro procedente de Las Indias. El trato es el siguiente. Pagaré la suma de tres hombres para su rescate, sin que ello me dé derecho a ser amo de nadie. No quiero esclavos, solo jornaleros que trabajen duro a cambio de un lugar donde dormir, un plato de comida y un pequeño sueldo. El botín se repartirá a partes iguales, si conseguimos sacarlo del fondo del mar. Como ven, no es mucho lo que les puedo ofrecer, pero les aseguro que será infinitamente mejor que lo que les espera en la Gran Bretaña.

Nadie contestó, aunque muchos se mostraron meditabundos y un tanto escépticos. Después de un largo rato incómodo en el que Miguel se sentía observado por miles de ojos en la oscuridad, un muchacho de unos veinte años se acercó a los barrotos de su prisión y, arrogante, preguntó en español con marcado acento indígena:

—¿Por qué alguien como tú iba a querer pagarnos pudiendo tenernos como esclavos? —y escupió al suelo con violencia. Se escucharon cuchicheos y se miraron los unos a los otros.

—Ya he dicho que no quiero esclavos. Creo en la libertad del hombre, de cualquier hombre, nazca donde nazca y tenga el color de piel que tenga. Necesito a tres buenos buceadores con los que compartir mi barco, mi tiempo y mi botín, y me habían dicho que aquí podía encontrar a los mejores. Pero no obligaré a nadie a hacer lo que no desee —Volví a esperar durante un rato en el que no se produjo ninguna reacción, por lo que se dispuso a marcharse—. Encantado de haberles conocido, señores, adiós.

Se alejó lentamente seguro de que, al menos alguno, se interesaría. No se equivocó.

—¡Eh, tú, español! —habló insolente el mismo muchacho que anteriormente se había mostrado desconfiado—. Si lo que afirmas es cierto, yo iré contigo.

—Bien —Se acercó a los barrotos y le miró directamente a los ojos, examinándolo de arriba abajo—. ¿Alguien más?

—Yo también iré —dijo algo más tímidamente un hombre algo mayor que el muchacho.

Miguel los miró con aire autoritario. Pronto la mayoría de aquellos indios quería marcharse a por el oro de Blum, pero solo los primeros en confiar fueron los elegidos.

—Mañana por la mañana, tú, tú y tú estaréis en la cubierta de mi barco —Y dicho esto, se alejó con regios pasos, lentos pero firmes y largos, intentando dar prestancia a su caminar.

Utilizó la preciosa esmeralda que robó del galeón hundido para llenar de nuevo las bodegas de víveres y pagar la desmedida suma que pedía el descarnado mercader por liberar a los esclavos buceadores.

El viaje de vuelta fue como un sueño, por no decir un sueño en toda regla. Miguel se sumió en la más profunda de las ensoñaciones que le arrastraba irremediabilmente a una somnolencia perpetua de la que gustó abusar. Durmió todo lo que no pudo descansar en el viaje de ida. Y soñó. Soñó mucho. Soñó que conversaba con una niña de cabellos negros y de ojos en cuya profunda oscuridad podría perderse para siempre. Y temió no despertar, pero no le importó, porque en aquella opacidad escapaba de la negrura de su propia tormenta interior. Los días pasaron y el balanceo del mar, ya fuera en calma o en tempestad, lo mecían día tras día, noche tras noche, hasta no diferenciar qué era realidad y qué fantasía.

En este largo periodo de hibernación en el que se dejó narcotizar y en el que apenas probó bocado, su cuerpo sufrió terribles consecuencias. Se le habían afilado las facciones y pegado la carne a los huesos, y su piel tomó un color cetrino, amarillento, que asustaría a los muertos.

Al atardecer, los indígenas entonaban cantos guturales que se asemejaban al lamento de un animal herido de muerte. La tripulación no estaba nada contenta con ellos. Algunos creían que aquellos cantos no eran más que un embrujo del ocaso y que acabarían todos tan locos y perdidos como parecía estarlo el capitán.

Solo cuando la proa del barco rasgó con la quilla las azuladas aguas del Mediterráneo, Miguel Blum escapó de su letargo. En cuanto olió la sal de las playas que vieron nacer a su sangre durante generaciones salió triunfante del camarote, aseado, bien vestido y bien calzado, con el brillo del orgullo en su rostro y dispuesto a triunfar en el nuevo reto que se había fijado.

De nuevo, aquella hermosa goleta se dirigía directa a hacer honor a su nombre, *El Sueño*.

Mientras tanto, María luchaba en su nueva vida por recobrar la normalidad y la paz de su espíritu, rota por los primeros estragos de la pubertad y por la ausencia del señor Blum; intentando acostumbrarse a la figura paterna, tan extraña para ella, a la melancolía de su madre y a una tierra y unas gentes extrañas que la hacían sentirse fuera de lugar.

La llegada a las costas aguilieñas, siempre bañadas por un tenue y perpetuo sol, fue acogida con gran júbilo por los tripulantes de *El Sueño*. Pero fue su capitán quien, sin reprimir su gozo, saltó desde la popa para zambullirse en las ansiadas aguas en las que descansaba su Venus.

Miguel no estaba seguro de que las mareas no hubieran movido el barco de lugar, o de que cualquier otra persona lo hubiera descubierto, o de que algún marinero se salvara del naufragio y hubiera vuelto a rescatarlo.

Cuando Miguel Blum ordenó anclar tan cerca de la costa en ese preciso lugar, en vez de atracar en el puerto, la tripulación lo miró con cara de incredulidad. Habían pasado junto aquel lugar en mil y una ocasiones, primero con Alejandro al mando, y luego con su joven hijo. Alguno incluso llegó a dudar una vez más de la cordura del capitán. A entender de alguno de aquellos viejos lobos de mar, la elevación rocosa estaba demasiado cerca. Un golpe de viento traicionero y el casco sucumbiría ante el choque, pero el capitán sabía mejor que nadie que los montículos se encontraban allí, justo allí, y no pareció importarle.

Era temprano. El sol apenas acababa de nacer y ya dibujaba las siluetas de la isla de los Frailes. El mar estaba sereno y corría una leve brisa apenas imperceptible que apaciguaba el nerviosismo de los allí presentes.

Los tres indios comenzaron un cántico similar al del atardecer, pero más alegre, lleno de esperanza, mucho más musical. Se desnudaron por completo y se sumergieron en el agua, cortándola al zambullirse como una espada se clava en un melón maduro. Viendo que después de un tiempo no subían a la superficie, todos imaginaron lo peor. Tras largo rato de duda, en el que la tripulación al completo contemplaba expectante el agua en calma, salió el primero de ellos tomando una gran bocanada de aire. Miró al capitán y asintió. Después salieron los otros dos asintiendo de igual forma.

—El barco está ahí abajo. Creo que podemos llegar a él, aunque está profundo, y es grande. No va a ser fácil, capitán.

—Nunca dije que lo fuera amigo, pero sé bien de lo que sois capaces.

—Vamos a necesitar peso; nos ayudará a bajar más rápido —dijo otro de los indígenas.

Subieron y se ataron a la cintura dos sacos de arena con un nudo fácil de deshacer para desprenderse rápidamente de ellos cuando subieran a la superficie. Uno de los indígenas cargó además con un cabo lo suficientemente largo como para llegar hasta el fondo, a cuyo extremo ataron también un gran saco de arena, esta vez más pesado.

Las tres primeras veces subieron con las manos vacías, los labios amoratados y los ojos desencajados. A la cuarta, lo primero que vio la tripulación de *El Sueño* fue el brillo blanco de sus sonrisas entusiastas: uno de ellos sujetaba entre los dedos una gema que refulgía más que el propio sol y deslumbró a todos.

Miguel comenzó a reír a carcajadas, como poseído, y su entusiasmo contagió a los demás. Rieron hasta hartarse o hasta que le dolieron las tripas. Miguel se desnudó y se lanzó al agua y nadó hasta el indio que había encontrado la piedra.

—Hay cientos como esta —dijo el buceador—. Están intactas, brillantes. ¡Como si nos estuvieran esperando!

Miguel se ató un fardo a la cintura, al igual que los indios, y descendió hasta tocar el casco del galeón hundido, pero el mar le comprimió el pecho y por un momento pensó que los sesos le iban reventar. Pensó que lo más sensato era dejar que los buceadores hicieran el trabajo, que para eso los había contratado.

El primer fardo se hizo esperar. Lo sacaron cuando el sol estaba en lo más alto y a la tripulación le ardía ya la piel. Subieron con cuidado uno de los cabos que habían bajado los buceadores y abrieron con gran expectación el fardo de tela mojada. Una luz intensa se desparramó por la cubierta de *El Sueño*, cegándolos a todos durante unos segundos que se hicieron eternos. Allí había gemas de todos los colores y tamaños, rubies, diamantes blancos, diamantes rosas, diamantes azules, esmeraldas, zafiros, rubies, topacios, amatistas, citrinos... Tantas y tan bellas que ni en sus mejores sueños hubieran podido imaginarlas. También había pepitas de oro tan grandes como puños, y tan refulgentes como la mismísima corona del rey. Oro puro, oro valiosísimo que se conservaba limpio y reluciente. Oro que ahora era suyo.

Lola sintió perder la cabeza. Cogió uno de los rubies más grandes y exclamó entre risotadas:

—¡Por fin voy a poder comprar un hombre, uno para mí sola, ja, ja, ja!

Después de todo el día sumergiéndose, los valientes buceadores estaban exhaustos pero emocionados. Tim, ayudado por Bob, subió de las bodegas uno de los toneles especiales de licor: aquella noche lo celebrarían por todo lo alto. Ofrecieron a los indios un vaso de aquella bebida fuerte —quizá el primero de toda su vida—, que tan mercedamente se habían ganado.

Pero después del primer brindis el capitán les dijo a los indígenas:

—Por hoy se acabó.

—¡Vamos, capitán! —replicó Tim el Rojo—. ¡Déjenos ahogar las alegrías en alcohol!

—Las penas se ahogan, las alegrías se celebran, y para ello hay que estar sobrios. Aún quedan riquezas que sacar, y os necesito frescos como flores —y señalando a

los buceadores, añadió—: Y a ellos más que a nadie.

Habló con tanta autoridad que a ninguno de los marineros se le ocurrió rechistar, así que apuraron lo que le quedaba en los vasos y reservaron el resto del tonel para cuando estuviera todo el tesoro en las bodegas del barco.

* * *

La tarea les llevó más de cuatro días, en los que los indios buceadores demostraron la extraordinaria capacidad de sus pulmones. Bajaron hasta donde se encontraban descansando las ruinas del galeón, descubrieron la mejor entrada por las bodegas y fueron cargando fardos que la tripulación iba subiendo con cuerdas desde cubierta. Cada fardo era más espectacular que el anterior.

—Y pensar que esto ha estado aquí durante tantos años... —se dijo Lola al ver los primeros indicios del botín—. ¡Con la de veces que hemos pasado al lado de él!

Pero todos sabían que, sin los tres indígenas, aquella ardua labor hubiera resultado imposible. En cinco ocasiones intentó Miguel bajar hasta el barco hundido, y cuando lograba apenas divisarlo entre las altas algas del lecho marino, la presión le oprimía el pecho y los oídos le silbaban con un sonido ensordecedor, y tenía que volver a la superficie para respirar. Desde luego, bien ganado tenían los buscadores de perlas su parte del botín.

La Venus de la Fortuna, como así la había denominado Miguel desde que la viera por primera vez, llegó en el último fardo. Ya creía que Neptuno, cegado por su belleza, se la había reservado para su harén. No encontró en su piel fría ni rastro del devastador paso del tiempo, ni de la corrosión de la sal. Estaba intacta, igual que su recuerdo, pálida y abrumadora, serena, hechizadora. La acarició posesivamente durante largo rato ante la expectante y asombrada mirada de la tripulación. En aquel momento decidió que iba a ser feliz.

—Esto me pertenece, por ser el capitán. No entra en el lote.

Todo el botín, hasta la última onza de oro y excepto la Venus, se repartió a partes iguales entre los allí presentes. La mayoría de ellos decidieron no dejarse arrastrar por la codicia y continuar como lo habían hecho siempre, pero a algunos, aquella hazaña supondría un giro drástico en sus vidas.

Los buscadores de perlas y rescatadores de tesoros decidieron partir hacia la Gran Bretaña para seguir el rastro de sus familias y comprarlas si era necesario para lograr su libertad. Aquella empresa, harto arriesgada, demostraba la inmensa valentía que albergaban sus corazones.

Lola decidió jubilarse en tierra. Adquirió unos terrenos donde se construyó un acogedor hogar en el que no habitaría, pues volvió a partir con el capitán Blum. La tierra la mareaba.

A Tim el Rojo le quedaba grande tal suma y no supo qué hacer con ella, así que le pidió al capitán que la invirtiera por él.

El negro Bob también compró tierras en el interior, donde plantó viñedos y creó una familia, y no volvió a navegar. Sus vinos se convirtieron en los mejores de toda la costa mediterránea.

A Pedro lo pescó una joven y guapa verdulera que lo embaucó hasta el matrimonio, quien, sin embargo, no consiguió retenerle en la serenidad de la tierra firme. Aun así, cada vez que volvía de un viaje le hacía un hijo que crecía sano en aquella tierra de hortalizas y pescado. Llegó a tener más de veinte, todos ellos honrados, trabajadores y de buen corazón.

Miguel Blum también adquirió una vasta superficie de terrenos en la comarca, donde construyó un rancho para criar ganado y cultivar cítricos, viñedos y todo tipo de árboles frutales. Vendió *El Sueño* bañado en lágrimas, pero decidido a comprar un gran galeón que oliera a madera recién embreada, similar a aquel cuyas entrañas vaciaron de oro y brillantes. Colocó su preciada Venus en la entrada de su caserón rústico, pero siempre pensó que ese no era su lugar, que resplandecería con mayor intensidad en un lujoso camarote de capitán.

Tercera parte

MARINEROS, A LA MAR

Cada uno de los miembros de la antigua tripulación de *El Sueño* vieron reinvertido espléndidamente su tesoro, y la fortuna les sonrió a todos sin excepción. Pero el mar seguía llamándolos con su seductora voz de sirena hasta que, al cabo de tres años, Miguel Blum volvió a ser el capitán de un galeón, con olor a madera nueva y velas tan henchidas como su, ahora sí, renovado corazón. Reclutó una vez más a su tripulación y a algunos marineros más y se volvió a hacerse a la mar, dispuesto a surcar todos los mares del mundo en la plenitud de su juventud.

Era una nave inmensa, construida con la mejor madera de roble español traída de los frondosos bosques del interior de la península. Contaba con tres pisos de altura. El de abajo, como era habitual, estaba destinado a las bodegas, donde guardarían todos los víveres y arcones con el equipaje de los viajeros. El siguiente se dedicaría a los diferentes salones, cocina y cuartos especiales para la tripulación. El último, el más amplio y luminoso, salpicado por grandes ojos de buey cada tres pasos, estaría reservado a los camarotes de los pasajeros. Estos eran amplios, individuales, con dos literas o cuatro, y dotados con pequeños armarios en los que guardar el equipaje.

El camarote del capitán estaba en la popa, revestido por grandes ventanales, y en su interior había espacio para bailar un vals si fuese necesario. Lo decoró con armarios y cajones en los que guardaría las cartas de navegación y todos los trajes de «señorito rico» que se había comprado a lo largo de los últimos años. En el centro de la estancia, junto a la pared, en un lugar privilegiado y sobre una columna, colocó a la Venus que le daba nombre a su barco, *La Venus de la Fortuna*; y fue entonces, y solo entonces, cuando se sintió rotundamente un hombre afortunado. Completaban el camarote una gran mesa con capacidad para más de diez comensales, un modesto escritorio y una cama inmensa en la que descansar.

La Venus de la Fortuna navegó por todos los océanos del mundo dando vueltas y vueltas a la recién descubierta redondez de la tierra, transportando a pasajeros de todos los lugares y razas, de lenguas muy diversas y tallas variadas.

Aun así, Miguel continuó sintiendo que algo le faltaba, algo importante, pero la prosperidad y el océano le presentaron lo más parecido que conocía a la felicidad.

Mientras los viajeros se disponían a subir por la pasarela para la recepción de la tripulación, el capitán Blum divisó a lo lejos a una delicada beldad que se acercaba a su barco. Cargaba una maleta no muy grande e iba acompañada de un niño pequeño. Se quedó embelesado. ¡Qué peculiar y exquisita belleza! Sus movimientos eran gráciles y rítmicos, como si en vez de andar se deslizara por el suelo. Su cabello, recogido en un moño, era negro como el carbón y brillante como el azabache. La brisa del puerto acariciaba con lentitud, como recreándose, un mechón suelto. Su atuendo dejaba al descubierto un cuello terso, blanco y esbelto.

Blum no había conocido criatura más hermosa que aquella en su vida, ni la conocería jamás, pues sus ojos se cegaron para siempre ante aquella prodigiosa visión. Ni siquiera en sueños había podido imaginar que las sirenas fueran tan hermosas.

Era la suya una belleza exótica y diferente que, insólitamente, le resultaba familiar.

«Se parece a la Venus, a mi Venus», pensó.

Cuando le llegó el turno de ser saludada por el capitán, este tardó en reaccionar y besar su mano como lo hiciera siete años antes, en condiciones bien distintas. Entonces era ella una niña inocente e incauta y él, un hombre que apenas dejaba atrás la adolescencia y que nada sabía de la vida. Ahora, ambos eran adultos y las circunstancias que habían tenido que franquear a lo largo de ese período les habían cambiado.

Se mostró altiva y seria con él, mas la perfección de sus facciones, el esplendor de su ser y el encanto que de ella emanaba sedujo a Blum en cuerpo y alma. ¿Cómo era posible que Dios permitiera descender al más bello de sus ángeles a la tierra? ¿Qué gran favor habría de deber a los cielos por el privilegio de contar en su barco con la presencia de una deidad? Buscó en su memoria para recabar algún recuerdo que le explicara cuándo, dónde y quién era aquella muchacha y, sobre todo, por qué tenía la sensación de que la conocía. Pero no logró relacionar a la pequeña y revoltosa María con la mujer en la que se había convertido, y terminó por creer que la conoció en algún sueño lejano de la innoble pubertad.

Le acompañaba un niño rubio, de ojos claros y mirada lejana con el que sintió una especie de apego. Siempre le habían gustado los niños. No se parecía en nada a ella, salvo quizá en la gracilidad de sus movimientos. La muchacha era demasiado joven para tener un hijo de aquella edad, pero todo era posible... ¿O sería su hermano? ¿Estaría a su cuidado por algún motivo, sería su institutriz?

María nunca hubiese imaginado que aquel barco fuese el de Miguel Blum. Aún lo hacía en *El Sueño*, navegando por los mares del Mediterráneo en busca de su tesoro. Fue una sorpresa verle allí, recibiendo a sus clientes como había hecho siempre, saludándola como a una más.

Una compleja mezcla de sentimientos se agolparon en su mente en un instante. Odiaba a aquel hombre con todas sus fuerzas; lo había odiado desde que bajó del barco siendo una cría y se alejó de ella y de su madre para siempre. Y su odio creció después de los acontecimientos inmediatos a su llegada a las Américas. Lo rumió, lo cocinó a fuego lento y maduró con él, cegada como estuvo por la desilusión y la frustración. Creía firmemente que nunca volvería a encontrarse cara a cara con aquel ser detestable, pero que, si por un casual lo hiciera, le escupiría a la cara y le explicaría lo ruin y abominable que era.

Cuando divisó la inconfundible figura del capitán recortada sobre el cielo, la sangre se le agolpó súbitamente en la cara, y sintió la presión de la ira y la confusión que luchaban por salir por los poros de su piel. Creyó haber prendido por combustión espontánea y estar echando humo. Un calor sofocante la invadió bruscamente y comenzó a sudar debajo de los ropajes, y el pecho se le oprimió de repente como si portara una gran carga sobre los hombros.

Lo primero que pensó fue en dar media vuelta y en volver a comprar los billetes en otro barco, pero recordó que era el único que salía en aquellos días y tenían prisa por llegar cuanto antes a España. Y además, tampoco disponía de dinero para adquirirlos. Así que se convenció a sí misma de que era esta una oportunidad que le brindaba el destino para hacerle saber a ese Blum lo mucho que lo había detestado a lo largo de aquellos siete años.

Cuán equivocada estaba al imaginar las razones que el destino les deparaba a ambos. Qué jugueteón se muestra este a veces, enredando las vidas de las personas como si de simples muñecos inertes se tratara.

Le vino a la mente, como una ráfaga, aquel primer beso húmedo de los labios del capitán. Recordó su olor, y la calidez de su sonrisa. Lo desterró enojada por la impertinencia del pensamiento, y subió airada, aunque profundamente turbada, la pasarela del barco.

Físicamente el capitán no había cambiado demasiado, salvo porque se le veía más corpulento. Ya no parecía un muchacho, sino que era un hombre en toda regla, y el cuerpo acompañaba a la edad. Sus manos se habían vuelto más rudas, sus cabellos le caían por los hombros con mechones dorados por el sol. La piel estaba tostada y curtida por el astro rey y aquellas arruguitas alrededor de los ojos, que solo asomaban cuando sonreía, ahora se habían convertido en leves marcas perceptibles también cuando no lo hacía. Ahora bien, mantenía la mirada límpida y clara. María, temiendo perderse como lo hizo de niña en el océano de sus ojos, procuró no mirarle directamente.

El acercamiento físico le recordó lo que jamás había olvidado ni olvidaría en su vida: el característico olor de Miguel Blum. Sin embargo, lo percibió de forma diferente a como lo hizo de niña. Recordaba perfectamente ese aroma a carne cálida que lo envolvía, pero esta vez lo sintió como lo hiciera su madre, como una mujer. A su cuerpo se le sumó una nueva sensación, un escalofrío que le recorrió de arriba abajo y la aturdió aún más de lo que ya estaba. Aun así no dejó de advertir, con cierto agrado, el sincero estupor del capitán al contemplarla. Intuyó que no la había reconocido y pensó que era aún más cretino de lo que había creído.

Colocó sus mudas y las de su hermano en el camarote que se le había asignado y no pudo más que admirar la prestancia del nuevo barco.

«Le ha ido bien al señor Blum —pensó—. Mejor que a mí, desde luego. Infinitamente mejor que a mí».

Recordó la agónica enfermedad de su madre. Siete meses postrada en la cama, con la mirada vagando perdida en el vacío, sin atender a razones, y su mente desprovista por completo de entendimiento. Ningún médico europeo supo decir lo que tenía, ni supieron curarla. Y ella, al pie de la cama, siendo solo una niña, rogando a Dios que no se la llevara y a su madre, que no la dejara sola.

Solo aquella vieja hechicera pagana supo adivinar su mal. «Mal de amores —susurró nada más verla—, le han robado el corazón y no lo encuentra, por más que se empeña en buscarlo». A María no le extrañó esta revelación. Lo primero que sintió fue una gran vergüenza por la situación en que dejaba a su padre. Luego prendió la chispa que desde entonces la llevó a odiar al señor Blum.

Su padre también sufrió, incluso más que ella. Había trabajado duro y había puesto todo su esfuerzo e ilusión en la llegada de su mujer y su hija. Ahí fue cuando María pudo comprobar cuánto las quería a ambas, y qué sentimiento tan puro tenía por su madre, pues él se consumía también, a la par que Catalina.

Era un hombre débil de espíritu que vio todas sus esperanzas rotas, pendientes de un hilo que se quebró con la muerte de su esposa. Primero descubrió que no lo amaba, que su hija lo veía como a un desconocido... y todo lo demás. Después vinieron sus locas correrías con las desvergonzadas nativas que entraban y salían a servir en la casa. Y María tuvo que ver cómo dilapidaba la modesta fortuna que tanto esfuerzo le había costado conseguir. Comprobó cómo aquellos hermanos ilegítimos se comían lo que le correspondía, y cómo sus madres la miraban con desdén, despreciando su piel blanca. Las Colonias no eran ese paraíso del que algunos hablaban; para ella fueron el infierno en el que creció.

Terminó de colocar las ropas, los libros y los escasos enseres que llevaba. Entonces volvieron a su mente aquellas muñecas de porcelana fina que tuvo que abandonar de niña, y se preguntó si se sintieron como lo hizo ella cuando su madre la dejó. Un golpe de llanto contenido acudió a su garganta, pero no se permitió más. Se recubrió a sí misma con el manto de fortaleza que a veces, y solo a veces, olvidaba y, ahogada por el calor bochornoso del trópico, decidió salir a cubierta.

Esta vez, cuando el capitán se acercó a ella, María no pudo evadir su mirada. Turbada, sintió cómo sus increíbles ojos zarcos la absorbían. Las pupilas dilatadas la atraían cada vez más, como si de un gran torrente fluvial se tratara, o como si un viento huracanado la empujara con violencia, hasta que terminó por zambullirse en sus ojos. La mente se le nubló más de lo que ya la traía y se perdió irremediablemente en el mirar de Miguel Blum.

Se sentía pequeña, diminuta. Sintió que caía al vacío durante un instante eterno y luego, a una gran masa de agua fría, agradablemente fría y densa, que le contrajo cada uno de los músculos de su cuerpo. Hundida, intentó encontrar una salida, pero por más que nadaba y nadaba hacia arriba no encontraba la línea que separaba el agua del aire, si es que eso era posible. Creyó que se ahogaba, pero el agua entraba en sus pulmones como oxígeno líquido; era puro y fresco y respiró profundamente hasta sentirse parte del elemento.

La dispersa luminosidad azul del iris le impedía saber dónde estaba y encontrar una salida hacia el exterior. Sumergida en aquella mirada acuosa, se sintió extraviada. Arriba, abajo, hacia los lados, solo había agua; no percibía tan siquiera un horizonte al que dirigirse. Flotando sin rumbo, era una minúscula partícula suspendida en la inmensidad del océano. Se había perdido. No había salida.

Oía el latido de su propio corazón sosegado, rítmico y acompasado; el correr tranquilo de la sangre espesa por sus venas; y un rumor lento, lejano, como el ronroneo de las caracolas vacías cuando añoran el mar.

Sus cabellos y sus ropas estaban empapados, y ella desorientada, hueca, pero se sentía bien. Aquel era un abandono apacible...

Hasta que él rompió aquella delirante alucinación.

—Señorita, no tengo el honor de conocer su nombre.

Ella reaccionó.

—Vaya, veo que no me ha reconocido aún, señor Blum —Lanzó la primera daga con mordacidad—. ¿Tanto ha cambiado mi aspecto?

Era la primera vez en este viaje que Miguel la miraba de frente, directamente a los ojos. Las tupidas pestañas y las cejas enmarcaban dos preciosas piedras de azabache que refulgían en su rostro níveo. No tuvo noción del tiempo; él también se perdió en sus ojos y, confuso, leyó en ellos parte de su propia historia.

—¿¡María?! —Y no pudo decir nada más, pero en su rostro se dibujó una amplia y deslumbrante sonrisa.

—Por lo que se ve, no me ha olvidado del todo.

—¡¡María!! ¡Por el mismísimo diablo, estás...! —No terminaba de encontrar la palabra adecuada.

—Capitán, no soy la misma María que conoció hace tiempo. Las circunstancias obligan a cambiar radicalmente a las personas.

Miguel, arrastrado por un impulso al que no supo controlar, tuvo la osadía de alargar la mano y tomar entre sus dedos el mechón de cabello de la muchacha que flotaba suelto.

—Te has convertido en una mujer muy bella.

María enrojeció de ira y de vergüenza, su mirada echaba fuego. Con un movimiento rápido se deshizo de la fugaz caricia y retrocedió un paso.

—No crea que me engatusará como hizo con mi madre. Aún no me ha preguntado por ella.

—Lo siento, tienes razón. ¿Cómo está su madre?

—Mi madre murió de locura de amor pocos meses después de salir de España —Más que decirlas, escupía las palabras—. Solo esperó a dar a luz a un niño sietemesino y débil para dejar este mundo y llevarse consigo el recuerdo de un capitán de barco sin escrúpulos que la utilizó durante un breve periodo de tiempo para después abandonarla a su suerte. ¿Qué le sucede, señor Blum? ¿No reconoce a su propia sangre cuando la ve? —Esperó ansiosa la respuesta de Miguel, pero este solo se mostraba mudo y asombrado. Continuó—: Para colmo, tuvo la desfachatez de llamarle Miguel. Pero mi hermano es un Velázquez y jamás se apellidará como el desgraciado de su padre. Mi propio padre, sabedor de ser un hombre mancillado, en un acto de inmensa bondad le dio su apellido y lo trató como a su propio hijo.

María le dejó con la boca abierta y, sin darle oportunidad, a réplica desapareció por la escotilla que la conduciría de nuevo a las entrañas del barco.

Miguel no lograba encajar aquel golpe devastador. Observó al niño y no alcanzó reconocer en él ningún rasgo suyo ni de su familia. Pero al pequeño le rodeaba ese halo silencioso de melancolía y soledad que había acompañado a Miguel desde su más tierna infancia, y que, al ser transparente le pasó totalmente desapercibido. Desde aquel instante comenzó a amarlo.

Nadie pudo ver al capitán durante los tres días siguientes. Se encerró en su camarote a ordenar aquel torbellino de sentimientos y sensaciones que le apabullaban. Pensó. Meditó. Se angustió. No comió ni durmió. Apenas se movió. Lloró. Escuchó a su conciencia. Escuchó también los latidos de su corazón. Recordó. Intentó excavar en su memoria, pero no encontró más que recuerdos de una niña deliciosa de ojos negros. Volvió a llorar. Ahogó un grito desesperado bajo la almohada y siguió delirando.

Observó el cuadro que, escondido en la penumbra de la pared más oscura del camarote, representaba a su pequeña amiga. Lo había mantenido allí como reliquia de tiempos de añoranza, sin soñar siquiera en que podría volver a verla, sin imaginarse que aquella niña podía haber crecido. Ahora no estaba ella para consolarle, había desaparecido para siempre. La había perdido. Luego se miró en el espejo. Él tampoco era la misma persona. El tiempo lo había arrastrado hacia una metamorfosis incontrolable. Su aspecto y su alma habían cambiado, y comenzó a adivinar que no había sido para mejor, ¿o sí? Por un instante se sintió fuerte, seguro de sí mismo, dispuesto a conseguir cualquier cosa que se propusiera.

Por él, hubiera seguido refugiado hasta el final de sus días en el camarote, donde se escondía de aquella mujer hiriente a la que temía y amaba apasionadamente sin explicarse por qué.

Un fatal acontecimiento le obligó a volver a asumir sus funciones de capitán. Lola llamó con cautela al camarote. En los últimos años, Miguel había desarrollado un agrio carácter que no le favorecía en absoluto, y hasta la buena mujer le temía cuando se encerraba en su cubil de los pensamientos.

—Capitán... La señorita María. Que se nos ha puesto enferma. Lleva dos días que no come nada y se ha desmayado en cubierta. Debería usted verla.

—¿María? Quiero decir... ¿La señorita Velázquez? ¿Qué le sucede?

—Ya se lo he dicho. Se acaba de desmayar y no hay manera de reanimarla. Ha perdido la color.

Sin dejar que terminara de hablar, Miguel subió a zancadas las escaleras y se abrió paso entre las personas que se agolpaban a su alrededor, curiosas. No le extrañó que la miraran; él mismo se hubiera quedado allí, contemplando sin prisas la beldad de piel blanca que yacía sobre la madera nueva del barco.

Con delicadeza, la cargó entre sus brazos como a un trozo de delicada seda y la llevó a su camarote.

—Lola —ordenó—, llama al doctor Lambrusco.

—¡Gracias a Dios que hay un médico en la tripulación! —dijo la gran mujer levantando la mirada y las manos al cielo.

El doctor acudió enseguida a atender a la muchacha sin dejar de sacar aparatos de medición de su gran maletín de piel negra.

Miguel, asomado al umbral del camarote, observó lo que le pareció el cadáver más lindo que hubiera sobre la tierra. El corazón le dio un vuelco en el pecho y se le apagó la respiración. Estaba pálida como la leche, como las nubes vacías que coloca el Creador para decorar los cielos del Pacífico. Los ojos cerrados y el semblante sereno. Delicada como una rosa sobre la paja.

El tiempo se volvió a detener, como cada vez que la observaba. La miró de arriba abajo y se embriagó con su belleza. Un ligero movimiento pausado y sereno elevó su pecho. Respiraba. ¡Respiraba! Apartó al doctor casi sin cortesía y arrodillándose a los pies de la cama, comenzó a darle pequeños golpecitos en las mejillas. Un leve rubor asomó a la cara. María abrió lentamente los ojos de plomo sin ver a nadie y volvió a cerrarlos.

Los allí presentes —Lola, el doctor, el capitán y el niño— respiraron aliviados. Este último dejó de llorar y ahora hacía pucheros.

—No te preocupes, cariño —le dijo Lola acariciándole la carita—. Tu hermana se pondrá bien.

—¿Qué le sucede doctor?, ¿mejorará? —preguntó Blum, impaciente.

—Es de esperar que mejore. Es joven, y fuerte, no sé lo que pudo haber sido. Será solo un mareo. Ahora hay que dejarla que descanse. Salgamos todos. Ya veremos cómo se encuentra a la hora de la cena.

Qué estúpido había sido en encerrarse, en intentar huir de todo. Cuántas veces a lo largo de su vida había intentado refugiarse en una burbuja de cristal, y cuántas esta había explotado de golpe, o se había diluido tras varios días de desesperación. ¿Cuándo aprendería a enfrentarse cara a cara a sus problemas, a él mismo, a su melancolía eterna y destructora? María había enfermado por su culpa.

Llegó la hora de cenar, y la muchacha no había dado aún señales de vida. La encontraron en la misma posición en la que la dejaron. Ahora no parecía el mismo cadáver: sus mejillas y sus labios fulguraban un rojo intenso, pero gotas de sudor le caían por la frente.

—Tiene mucha fiebre —comentó el doctor mientras le palpaba la cara con el dorso de la mano—. Hay que desvestirla, meterla en la cama y ponerle paños de agua fría en la frente.

Así lo hicieron después de que Miguel saliera del camarote. Lola veló por ella durante toda la noche cuidando de que le bajara la temperatura, o al menos, de que no siguiera subiendo. Miguel se sentó en el suelo del pasillo, con las rodillas entre los brazos y la cara hundida en ellas. Entraba de vez en cuando con un halo de esperanza y volvía a acurrucarse, apoyado en la pared, al ver que el estado de la enferma no mejoraba.

Mientras se debatía entre pensamientos de culpabilidad, se acordó del pequeño Miguel. ¿Dónde se había metido el niño? Lo buscó por todo el barco sin encontrarle. Miró debajo de las mesas, dentro de los armarios, en la cocina, en el comedor e incluso bajó a las bodegas. Subió por último a cubierta, allí no podía estar; no lo veía. Recordó que de pequeño él solía quedarse dormido escondido entre los grandes rollos de cabos que se encontraban liados bajo la escotilla. Miró allí creyendo imposible encontrarlo. Y lo halló hecho un ovillo, dormido y tiritando de frío. Lo levantó con cuidado entre sus brazos, sin apenas despertarlo, y vio que tenía la cara triste manchada de mocos y lágrimas. Oía a carne infantil tibia, como el capullo de las rosas nada más nacer. Mientras lo trasladaba, introdujo su nariz en la nuca del pequeño y aspiró; le recordaba a la madre que le arrebataron los piratas. Lo llevó a su camarote y, tras acostarlo en su propia cama, se sentó a sus pies y lo observó enternecido. Era su hijo, carne de su carne, su sangre, sangre Blum.

Cuando a la mañana siguiente el niño abrió los ojos y se encontró en el camarote del capitán, se sorprendió mucho. Recorrió la estancia con los ojos, ávido de información, observando cada detalle, cada figura, cada cuadro. Se detuvo en la pintura que reflejaba el rostro de su hermana sin reconocerla.

Mientras, Miguel Blum, que había estado dormitando apoyado en los pies de la cama, despertó perezoso y sonrió tímidamente al niño. Este preguntó:

—Capitán, ¿quién es esa niña? ¿Es su hija?

—No, pequeño —respondió emocionado—, fue una gran amiga —y suspiró.

—Pues era muy guapa.

—Y lo sigue siendo. No te imaginas cuánto.

—¿Dónde está? —Luego recordó todo lo acontecido el día anterior y sin esperar una respuesta se incorporó rápidamente de la cama y preguntó—: ¿Y mi hermana? ¿Cómo está?

—Mmmm, no sé, esperemos que esté mejor. Vayamos a verla, ¿te apetece? Pero antes lávate un poco esa cara y péinate para que te vea bien guapo.

Ambos se asearon en el camarote del capitán lo más rápidamente que pudieron y corrieron hacia la estancia donde se encontraba María. Allí se encontraba ya el doctor Lambrusco, que se había levantado temprano para ver a su paciente. Seguía con fiebre, —«hermosísima», pensó Miguel— y aún no había despertado.

—Capitán, no le voy a engañar —dijo el médico—. No veo que mejore y sin los instrumentos y las medicinas necesarias, no puedo curarla. Necesita un sangrado, pero no tenemos sanguijuelas. Debemos trasladarla a un lugar más ventilado, con más luz y algo más amplio.

—Trasladémosla a mi camarote. Allí estará mejor —contestó tras meditar un breve instante.

El capitán se negó a que nadie custodiara el sueño de la muchacha, solo él y el niño estuvieron junto a su cama. El cuerpo de María se consumía, se deshacía en calor y sudor. Era como si se estuviera licuando poco a poco, como las medusas al sol. Blum llegó a pensar que la próxima vez que abriera los ojos se encontraría solo un charco de agua sobre la cama. Pero no fue así. María se estremecía en espasmos para volver luego a una aparente calma. A saber en qué malos sueños se debatía su alma. Y seguía sudando bajo las sábanas.

Una noche, cuando el niño se durmió junto a su hermana, se quedó contemplando a los dos: hijos de la misma madre, tan parecidos, tan diferentes... tan hermosos ambos. Dos delicadas criaturas que tenía ante sus ojos, descansando en su lecho. Besó al niño en la frente y, mirándolo con ternura, le acarició su cabellera castaña. Luego besó a María en los labios. Su boca estaba caliente cual brasa hirviendo. Recordó aquel beso infantil de hacía unos años. Entonces se lo había ofrecido; no se lo tuvo que robar, como ahora, pero le supo igual a este, dulce y suave. Se le esponjó el corazón de amor y miles de culebrillas revoltosas se deslizaron en el interior de su pecho. Estaba dejándola marchar sin hacer nada por impedirlo, y un fardo tan pesado en la conciencia, no podría soportarlo. Tenía que hacer algo.

Recordó que su padre lo curaba todo con los gusanos de los sargazos. Estaban cerca, sabía dónde encontrarlos.

Desvió él mismo el rumbo del barco ante la sorpresa de la tripulación, en dirección al Mar de los Sargazos. Sabía que aquello era peligroso, pero debía intentarlo.

Al amanecer comenzaron a verse restos de algas flotando, y para cuando el sol estuvo en su cenit, navegaban en medio de un mar de hierbas flotantes en una calma chicha apabullante. Recogieron las velas e intentaron anclar, pero el fondo era demasiado profundo, quizá a causa de alguna sima, el ancla quedó colgando, balanceándose en las aguas tranquilas.

Miguel se descalzó y se quitó la chaqueta, y cuando se disponía a saltar por la borda una mano le detuvo. Era su marinero Pedro, aquel que su padre sacó de la miseria para meterlo en un barco el resto de sus días. Negaba con la cabeza con el semblante serio.

—En estas aguas hay tiburones, capitán, no lo haga.

—Lo sé, Pedro, por eso tienes que ayudarme. Otea el horizonte y prepara un cabo con el que puedas subirme. Avisa a alguien más.

—No tiene mucho tiempo, esos perros de agua son rápidos y le huelen la sangre a uno antes de que se tire al agua.

—Descuida, seré rápido. Ahora mi vida está en tus manos, y la de esa muchacha en las mías.

Se deshizo de la camisa y se lanzó al mar de cabeza cortándolo como una espada en carne adversaria. El agua estaba fría pero clara. Bajo la alfombra de algas que flotaban en la superficie nadaban cientos de criaturas sorprendentes, de vivos colores y formas extraordinarias. Buceó conteniendo la respiración y escrutando los sargazos. Al fin encontró lo que buscaba: una colonia de pequeños gusanos rojos que se agitaron nerviosos entre sus dedos cuando los cogió.

En la proa se habían agolpado todos los habitantes del barco. Miraban con preocupación el horizonte y las aguas cercanas, por donde había desaparecido el capitán, pues les parecía que tardaba mucho en salir. De repente, vieron asomar la aleta amenazadora de un tiburón a lo lejos; pronto lo secundaron tres más, y luego ya eran más

de siete las dorsales de los temibles depredadores que surcaban la superficie.

Miguel asomó medio cuerpo tomando tanto aire como pudo y respirando violentamente. No había visto a los tiburones, pero podía imaginar su presencia. Miró hacia arriba, todos le apremiaban y señalaban a lo lejos. Nadó lo más rápidamente que pudo y con la mano que le quedaba libre agarró fuertemente la cuerda que pendía de babor. Lo subieron enseguida. Cuando por fin quedó tendido en la cubierta, recuperando el resuello, se sintió un suspiro generalizado de alivio... que al punto se transformó en expresiones de asco al ver aquellos gusanos repugnantes que se liaban por su brazo, serpenteantes.

Mojado, y sin calzarse ni vestirse siquiera, corrió a su camarote con la mano en alto. En su apresurada carrera dejó caer algunos ejemplares de lombriz sobre el pasillo, los cuales se debatieron a duelo con la muerte; al resto los dejó en el recipiente que utilizaba para asearse. Contempló a María. Respiraba débilmente y volvía a estar pálida, con los ojos hundidos y profundos surcos grises bajo la mirada.

Blum estrujó con su propia mano un puñado de aquellos gusanos rojos hasta sacar unas gotas de su jugo rosado, que dejó caer en la boca de la enferma.

—Vamos, traga, traga.

Volvió a repetir la operación hasta que no quedaron gusanos vivos en la jofaina. Tenía las manos pringosas, y el líquido rojo había manchado además las sábanas y el suelo. Por las comisuras de los labios de la María resbalaban dos llamativas gotas que se asemejaban a la sangre humana.

Miguel llevaba el cabello suelto, empapado, y el agua salada le chorreaba por la cara, el pecho y la espalda. La sal se le metía en los ojos y le lloraban, pero no le importaba, estaba expectante. Contempló el desbarajuste que había montado en un momento: el panorama era dantesco y sobrecogedor. El líquido de los gusanos se había diseminado por todo el camarote y parecía que se había cometido una carnicería sangrienta.

Pero confiaba en el remedio. Desconocía para qué servía exactamente, pero había visto sanar a muchos marineros con el plasma de aquellos gusanos. Volvería a vérselas con los tiburones si fuera necesario.

Con un paño húmedo limpió cuidadosamente el rostro de María y, ayudado por Lola el resto del camarote y el jergón. Solo quedaba esperar a que la medicina surtiera efecto.

Cuando María volvió en sí y se encontró la amplia sonrisa del capitán, pensó: «Tiene una sonrisa muy hermosa. Abrumadora». Se sentía débil, y apenas intentó levantar la cabeza se mareó. Le devolvió la sonrisa agradeciendo su compañía y, suponía, sus cuidados.

—Descanse, María, lo peor ya ha pasado. Yo cuidaré de usted.

Iba a responderle que gracias, que no hacía falta que se tomara la molestia, pero se sintió abatida y volvió a caer en un profundo sueño reparador.

Su despertar fue como la salida de una cueva en la que se encontraba perdida, inmersa en una pesada oscuridad, y en la que al fondo veía una luz tenue y esperanzadora. Se sorprendió al encontrarse en el camarote del capitán. Quizás no era tan mal hombre como ella pensaba. No sabía cuánto tiempo había estado convaleciente. Debía estar horrorosa, sin lavar ni peinar.

Observó detenidamente la estancia. En lo primero en lo que reparó fue en la estatua de marfil blanco que se lucía engreída y vanidosa en el centro de la estancia. Era mucho más hermosa de lo que creyó cuando la vio dibujada en aquel pergamino mugriento, hacía ya tantos años. «¡Así que el capitán logró encontrar su tesoro! Ya decía yo. Este nuevo barco... no podía salir solo de sus viajes. La verdad, nunca creí que pudiera lograrlo». Recordó lo que le dijo entonces, que necesitaba la ayuda de los delfines, que si ella conocía a alguno. «Supongo que no habrán sido delfines los que lo han encontrado. Este Blum sigue siendo extraño... Cómo se parece mi hermanito a él. Me pregunto si le gustaría saber que el capitán de este barco es su padre; seguro que se envanece». Y siguió pensando: «¡Pobre pequeño! No sé cómo vamos a salir adelante. Debería recibir una educación adecuada, y yo no tengo medios para proporcionársela. Ni siquiera puedo ofrecerle una vida digna».

María marchaba a España, además de para retomar sus raíces, para trabajar como institutriz en casa de una familia adinerada, parientes lejanos de su madre. La acogerían a ella y al niño y le ayudarían con un sueldo miserable a cambio de enseñar a leer a una pandilla de cinco niños revoltosos y asalvajados.

Lo único que la había salvado de la delirante vida del trópico, en su opinión, fue la lectura. Devoraba miles de libros subida a los árboles hasta que la vista se le nublaba y la cabeza le estallaba de dolor. Con ellos vivía historias maravillosas y experiencias increíbles. Cuando terminó de releer todos los volúmenes de la pequeña biblioteca del condado, tomó prestados libros de las pocas amistades eruditas de su padre, que poco a poco, viendo la inteligencia y la capacidad de María, le regalaban ejemplares procedentes de toda Europa. Daba igual el idioma. La muchacha comenzó a introducirse en el reducido círculo cultural de la zona, conversando en inglés, francés e italiano con escritores y sabios exiliados, y adquirió una vasta cultura que la volvió adicta a la lectura.

Le apenó tener que dejar atrás la biblioteca que había formado en aquellos últimos años, pero era imposible trasladarla al otro lado del mundo. Le interesaban las artes, las ciencias y las humanidades, pero lo que más le gustaba eran las novelas románticas, con las que vivía intensas historias de amor con galanes corpulentos y sensibles.

Siguió observando la estancia hasta que su mirada se posó en el cuadro de semblante infantil, y entonces recordó. El señor Blum era pintor, ¿lo seguiría siendo? Reconoció sus rasgos en aquella pintura imperfecta que tanto le había ilusionado la primera vez que la vio: el capitán le hacía un retrato, ¡a ella!, ¡qué honor! ¡Y decía

que era bella! Dibujó un amago de sonrisa en sus labios, inmersa en aquel ayer tan olvidado. El señor Blum conservaba aquel cuadro. En realidad, en las paredes del barco había colgados un sinfín de óleos y carboncillos, paisajes y retratos; todos dibujados por él. Pero este lo había reservado para su camarote.

Recordó también aquella noche tan terrorífica en la que durmió acurrucada entre los brazos del capitán, y se ruborizó. Aún podía sentir el tacto de su piel caliente y su singular aroma. ¿Se acordaría él de aquel episodio, o no sería más que un momento pasajero perdido en su memoria?

Pero Miguel Blum recordaba cada vivencia al lado de María, y durante la larga vigilia de la convalecencia a su lado evocó todos los fugaces instantes que compartió con ella, uno por uno.

La puerta se abrió, muy despacito, y enseguida asomaron la cabeza, a diferente altura, los dos Migueles. Ambos sonrieron al ver el aspecto de María y el pequeño corrió a abrazarla impetuosamente.

—Veo que se encuentra mucho mejor, señorita Velázquez —dijo el capitán—. ¿Ves, Miguel? ¿No te dije yo que se pondría buena? —añadió guiñándole un ojo con complicidad.

—El médico dijo que te ibas a morir, pero el capitán se tiró a los tiburones para buscar esos gusanos rojos que te han salvado —explicó el chiquillo aturullándose.

—¿Gusanos rojos? —preguntó ella.

—Sí, y te los comiste todos. Por eso ahora estás buena. El capitán te ha salvado la vida, ¿verdad que es muy valiente?

—Sí, claro. Muy valiente —dijo mientras le acariciaba la cabeza a su hermano. En su carita percibió una mueca de asco, sin duda de imaginarse la boca llena de gusanos rojos. ¿Por qué sería que el capitán lograba fascinar de esa forma a los niños?

—Miguel —interrumpió el capitán—, corre a decirle a Lola que tu hermana ya está bien... ¡Ah, y que tiene un hambre voraz! Deprisa, corre, o nos comerá a todos. ¿No ves la cara de caníbal que se le está poniendo?

Realmente estaba hambrienta. No sabía cuánto tiempo había estado convaleciente, pero por cómo rugía su estómago habría dicho que no menos de tres o cuatro días.

—¿Gusanos rojos, capitán? —bromeó María cuando su hermano hubo salido—. Casi hubiera preferido que me dejase morir.

—Eso nunca. Jamás dejaría que un ángel pereciera en mi barco —dijo, mirándola fijamente.

La muchacha se sonrojó. Eso había sido un buen piropo, desde luego.

—Oh, debo estar horrible —comentó avergonzada.

—Está usted preciosa, María —Blum se acercó y con delicadeza le cogió una mano entre las suyas—. No sabe cuánto me alegro de que siga entre nosotros; por un momento creímos que nos dejaría. Es usted una mujer fuerte.

Comió con voracidad una sopa de carne con albóndigas y verduras desecadas, pescado y un pedazo de pastel de manzana en una tertulia animada de la que se sentía protagonista. Allí estaban el doctor, Lola, el capitán y el pequeño Miguel con amplias sonrisas, sinceramente contentos de su mejoría.

Aunque le quedaron leves secuelas de debilidad, María mejoró hasta recuperar por completo la salud. La luz del sol le devolvió el color a sus mejillas y la brisa le tornó el buen humor. Pasaba el día en cubierta hablando con el resto de los pasajeros y leyendo un manual de medicina que le había prestado el doctor. Se sorprendió gratamente al descubrir que todos se habían preocupado por ella y averiguó cómo el capitán se había jugado literalmente la vida por salvarla. Lo de los tiburones le había parecido una exageración del niño, pero cuando le revelaron la certeza, sintió un profundo agradecimiento hacia el señor Blum. Y ni siquiera le había dado las gracias todavía personalmente.

¿Por qué había creído durante todo este tiempo que era un mal hombre? ¿Quizá su perspectiva de niña ante la enfermedad de su madre la habían cegado respecto a él? ¿O era en realidad una persona detestable, como había pensado hasta ese momento? Ahora su corazón le decía que había estado equivocada, y sintió haberle tratado con tanta crueldad al inicio del viaje.

LAS GRACIAS

Aquel día, cuando los pasajeros bajaban a cenar, esperó en la cubierta hasta quedarse a solas con el capitán. Él aguardaba en el timón, mirando al horizonte de espaldas a ella y fumando la misma pipa de siempre.

—Capitán —se aventuró a decir. Todavía le infundía respeto la grandilocuencia de su presencia y no se atrevía a mirarle a los ojos.

—María, ¿no baja a cenar?

Con la cabeza gacha, nerviosa, se acercó al timón y dijo:

—Aún no le he dado las gracias. Fue muy valiente por su parte lo que hizo por mí.

—Solo fue mi deber.

—Pues, en ese caso... gracias por cumplir con su deber.

Se dispuso a marcharse, pero Miguel la retuvo del brazo. Sentía la presión cálida de su mano y se le agitó el corazón. El sol estaba en su ocaso, tan solo le restaba por ofrecer los últimos rayos anaranjados. Se escuchaba el murmullo tranquilo de las aguas conversando con el casco del barco, y la brisa traía olor a sal y le acariciaba el cabello con sus manos invisibles. Miguel la besó con delicadeza mientras la atraía hacia sí. Fue un beso lento, perezoso y denso en el que saboreó el tabaco de hierbas que él fumaba. Todo desapareció: el barco, el mar, el viento, la luz...

Turbada, esta vez no pudo evitar mirarle a los ojos, dio media vuelta y huyó. Miguel siguió en el timón, saboreando la dulzura de los labios de aquella muchacha deliciosa, y sonrió para sí, satisfecho.

Desde aquel día la buscó incesantemente en todos los rincones del galeón, pero ella rehuía su presencia. María no tenía ni idea de qué le estaba pasando. Se negaba a admitir ningún sentimiento hacia el capitán, pero aquel beso había despertado en ella algo insólito. Lo observaba a escondidas deseándolo con todo su ser, mas era incapaz de volver a mirarle a la cara. Lo tenía perpetuo en su pensamiento, sin poder deshacerse de sus ataduras. Su mera presencia la aturdía.

¿Qué se proponía con ella? ¿Acaso la creía tan estúpida como para engatusarla, como lo hizo con su madre? Ella no caería en sus redes. No, ella no.

DE NUEVO EL DESEMBARCO

La despedida fue muy breve, terriblemente efímera y dolorosa; mucho más que la primera vez que la vio alejarse. En aquella ocasión existía una mínima posibilidad de volver a verla, como así quiso el destino años más tarde; pero en esta, ella había dejado muy clara su postura: no quería volver a verle, nunca más. Aun así, algo en su interior le decía que se encontrarían de nuevo. La buscaría por medio mundo si fuera necesario.

Antes de bajar la pasarela de madera que la conduciría a la piedra inmóvil del suelo del puerto, le besó la mano y percibió el temblor que la sacudía. Ella también estaba nerviosa. Luego la vio bajar lentamente con el niño de la mano. Era una mujer hermosa pero, sobre todo, una persona especial. Jamás pensó que se pudiera amar tanto a alguien. Ahora empezaba a entender a su padre.

Se le volvía a escapar la oportunidad de ser feliz de una vez por todas, aunque al menos esta vez lo había intentado. Le dijo que estaba dispuesto a abandonar el mar para siempre y asentarse en tierra; le ofreció todas sus posesiones y su propia persona; le mostró su sincero interés por criar al pequeño como lo que era, su propio hijo, por darle su apellido. Pero ella siguió rechazándole. ¿Qué más le quedaba por hacer? El amor, como decían los sabios, no se puede imponer.

¡Qué equivocado estaba el capitán entonces! María se consumía en un amor para ella imposible. Siempre pensó que las intenciones Blum hacia ella no eran sinceras, que era igual que todos los marineros: de una mujer en cada puerto. ¡Qué equivocada estaba también ella!

La sensación de ruptura que sintió la muchacha cuando bajó del barco debió de ser muy similar a la que experimentó su madre en un pasado no tan lejano: como si una garra invisible y poderosa le estrujara el corazón hasta dejarlo seco. Pero ella era más fuerte que su madre, mucho más. Aguantó las lágrimas como pudo hasta que piso el suelo firme. La tierra estaba quieta, pero su cuerpo siguió balanceándose como hiciera en el barco durante la navegación. Y solo entonces dejó que brotaran manantiales salados de sus ojos. Compungida, no volvió la vista atrás; sabía muy bien que Miguel la estaría observando.

Una vez más, y ya era la segunda, volvía a emprender una nueva vida al otro lado del océano. Su existencia estaba dividida entre dos tierras lejanas, casi opuestas, a tres meses de camino entre una y otra. Le costaría muchísimo empezar de nuevo, y más con una criatura a su cargo, un niño que le recordaba tanto a él.

El trópico había hecho a María fuerte. Pronto se acostumbró a la rutina del día a día en casa de aquella gente acomodada, procedente de la alta burguesía, que se preocupaba más por su vida social que por la educación de sus hijos. Su obligación era que aquellos pequeños monstruos aprendieran a leer más de dos palabras juntas, tarea harto difícil teniendo en cuenta lo indisciplinados que eran.

En sus ratos libres intentaba leer, pero la imaginación se le disparaba recordando a su capitán al timón, enfrentándose al viento y a las mareas. Recordaba su amplia sonrisa y cómo se le achinaban los ojos cuando lo hacía... Lo bien que se entendía con su hermano y cómo cuidó de él mientras ella estuvo convaleciente... Sus ojos azules de agua salada, y el tacto de sus labios sobre su piel.

Y se entristecía, pues aquellos no eran sueños esperanzadores, sino evocaciones inútiles que le provocaban un inmenso vacío en su interior. Cómo deseaba ahora haberle dicho que sí en su momento. Lo habría seguido hasta el fin del mundo si hubiese sido necesario. ¿Qué le empujó a rechazarle? ¿Acaso su desconfianza?

A menudo solía ir al puerto de Cartagena. No sabía exactamente por qué, pero en su fuero interno deseaba ver el galeón de Miguel Blum recortado sobre el mar y el cielo, atracando en aquel lugar.

En cierta ocasión el corazón le dio un vuelco en el pecho cuando reconoció a *El Sueño* en el puerto. Había atracado esa misma mañana y aún bajaban los pasajeros. Pero luego recordó que ya no era propiedad de Miguel Blum y sintió un gran desconsuelo. Pidió al nuevo capitán que le dejara ver su interior, pues hacía tiempo atrás había vivido experiencias maravillosas en ese barco, y este se lo permitió.

Era diferente a como lo recordaba. Naturalmente, había transcurrido más de una década desde que lo pisara por primera vez, y había sufrido reformas aquí y allá. A pesar de ello, reconoció los pequeños salones, el camarote donde se alojaron ella y su madre, y el habitáculo del capitán. También percibió en el suelo del pasillo una mancha negra que había resistido al tiempo y a la limpieza: los últimos vestigios de la sangre del gigante Heliodoro se aferraban a la madera pisada a diario por personas que ignoraban lo que aconteció aquella fatídica noche.

Por entonces, un muchacho, amigo de la familia que la hospedaba, comenzó a galantearle. Aunque apuesto, era un ser insulso y aburrido, hombre de leyes, también adinerado, y de escasa conversación. Igualmente lo rechazó.

«Al final mis grandes ambiciones se verán soterradas bajo una vida de hastío al lado de alguien como él», pensaba mientras su nuevo pretendiente comentaba las últimas noticias sobre la jurisdicción comarcal.

Pasaron dos años, y María se sentía vacía e inútil. Era consciente de que estaba dejando escapar su edad casadera, pero no encontraba a nadie a la altura de Miguel Blum. Tampoco contaba con bienes ni con familia, ni con nadie que la respaldara. Se volvió una mujer dura y hostil, amargada por una decisión errónea que tomó en un momento de confusión.

Se hallaba sumida en aquellos tristes pensamientos, como era habitual, cuando llamaron a la puerta y un mensajero preguntó por ella. Le traía un obsequio envuelto en un pequeño paño de seda azul. Lo abrió con cuidado y casi se le cae de las manos al descubrir su interior. Dorado y pesado, refulgía robando el brillo del sol. ¡Era el anillo del capitán Blum! En su cara interior se hallaba grabada una inscripción que rezaba: *Desde el mar. M. Blum*. El estómago le dio un vuelco y el pecho le comenzó a palpar, desbocado.

—¿Quién se lo ha entregado? —preguntó ansiosa al mensajero.

—El capitán de un gran galeón procedente de las Américas que hay atracado en el puerto. Llegó ayer al levantarse el día.

María no podía pensar. Se encajó el gran anillo en el dedo pulgar y dejando la puerta abierta, salió corriendo ante el asombro del mensajero.

Se dirigió hacia el puerto lo más rápido que pudo, sin más vehículo que sus propios pies y su radiante entusiasmo.

Miguel empezó a pensar que una vez más lo rechazaría. ¿Habría encontrado a un hombre con el que compartir su vida? ¿Se habría casado? No podía saberlo. No tenía más remedio que seguir esperando en la proa, bajo el sol abrasador del mediodía. Habían transcurrido ya varias horas desde que entregara su mensaje, pero aún no había respuesta. Quizás hubiera sido más elegante haber ido él mismo a buscarla. Era un hombre de mar. Nada sabía de las convenciones sociales que por entonces se estilaban, ni de galanteos, ni tenía la educación suficiente para ello.

Había dejado que pasaran los meses para demostrar a María que, aun sin tenerla a su lado, la amaba, y que lo hacía con todo su ser, a pesar del tiempo y los océanos recorridos.

Seguía observando el barullo del puerto con un hilo de esperanza todavía cosido al corazón. «Vendrá, seguro que vendrá. No puede ser de otra forma».

Y entonces la vio aparecer entre la multitud, de negro riguroso, sujetando su larga falda con ambas manos. El pañuelo de seda dejaba una estela tras su carrera, se le había soltado el moño y su larga cabellera rizada se encontraba tan alborozada como ella. Se plantó ante el barco, las mejillas y los labios rojos, su respiración agitada, su mirada radiante, con su rabiosa hermosura. A su espalda, la vida del puerto se sentía ajena, como un murmullo a lo lejos.

Miguel sonrió ampliamente. Jamás pudo imaginar una felicidad mayor. Se deslizó ansioso por un cabo hasta suelo firme. Por un instante vislumbró en la oscuridad de los ojos de María el mismo alborozo que él sentía. La recogió entre sus brazos y la apretó con fuerza contra su cuerpo para no dejarla escapar nunca más.

Fin